

PRÓLOGO

Bernardino se ha tomado el trabajo, ingrato para él, grato para los lectores que se interesan en temas de Iglesia y de actualidad, de trazar un breve e incisivo retrato de cada uno de los 69 obispos que conoció, en sus 33 años de obispo en ejercicio.

En N° 24, que habría sido el lugar que a él le correspondía, no trae su nombre. Sigue de largo sin darnos su propio retrato y dejando así aparentemente incompleta esta interesante galería episcopal.

Pero no. En realidad, como todo buen pintor, se retrata a sí mismo en el esfuerzo por retratar a todos.

Desde luego, se manifiesta como realmente es, un obispo positivo y optimista. Nacido en París en 1915 y educado allí, no tiene esa ironía, tan chilena, de ver solo lo negativo, callando las condiciones positivas de las personas. El tiene el talento de descubrir y proclamar lo valioso en cada uno, de gozarlo y de decirlo. Se hace ya por esta sola cualidad un miembro muy positivo para valorar lo que fueron sus 33 años de tarea episcopal.

Pero hay algo más y muy importante.

En 1968 el doctor en Filosofía y Sociólogo, Thomas Sanders, decidió hacer un estudio sobre los obispos de Chile. Partía de la base, frecuente entre los sociólogos norteamericanos, que en América Latina, nuestros países tienen cuatro poderes de estado: el ejecutivo, el legislativo, el judicial y la Iglesia Católica. Quienes hacen estudios sobre este cuarto poder, lo hacen generalmente en base a encuestas. De allí surge frecuentemente la duda acerca del valor representativo de la referida encuesta, la que naturalmente no puede abarcar al 100% de la población. Por ello, partiendo de la influencia que los obispos ejercen en sus propios fieles, el Dr. Sanders optó por realizar su estudio encuestando directamente a los obispos. De los 29 entonces activos, pudo conversar con 23, De los seis que faltaban, dos se encontraban en Europa, tres

estaban muy alejados del centro del país, de difícil acceso y con uno no le fue posible establecer contacto.

Conversó con cada uno de los entrevistados por espacio de hora y media y con algunos más. En la publicación de este estudio termina el Dr. Sanders dando, al menos para los obispos que considera mas representativos, una definición de su rasgo distintivo.

De Bernardino, luego de haber escuchado a los obispos, dice "Msgr. Piñera is the idea man". Y, en verdad, eso fue durante los 33 años en los que participó en la Conferencia Episcopal, primero como miembro, luego como secretario y, finalmente, como Presidente durante dos períodos.

Para cada Asamblea, Bernardino traía alguna novedad necesaria, importante y en cada asamblea se sentía, al principio, la incomodidad de aquello que nos mueve el piso, de la pérdida de aquello en lo cual habíamos puesto nuestra confianza. Siempre, sin embargo, terminaba convenciéndonos.

No podía ser de otra manera. Nosotros estábamos demasiado encerrados en nuestros propios límites, pero Bernardino iba mucho más lejos. A él las librerías chilenas le quedaban chicas. Su mundo es mas grande: habla con fluidez, fuera del castellano, el francés y el inglés y entiende el italiano y el alemán. Sale regularmente del país una vez cada año y visita, como si lo hiciera por voto, Londres, París y Nueva York. Conoce bien cual es la librería, que en estas ciudades tiene la última palabra y compra, lee, estudia, analiza y concluye por donde va o ha de ir pronto el mundo.

Una persona corriente se resiste a penar que el mundo va o ha de ir mas tarde , por donde él no va, pero cuando se es razonable, se termina por creer en esas nuevas rutas. Por ello el Dr. Sanders tiene razón cuando afirma que Bernardino es en nuestras reuniones "the idea man".

Pero, Bernardino jamás fue un teórico inoperante.

Recuerdo un modesto hecho. En una situación importante y nada fácil que se había producido en nuestro país, no siendo posible reunir rápidamente a todos los obispos, se convocó al Comité Permanente del Episcopado que representa a los obispos cuando la Asamblea Plenaria está en receso. Era evidente que sería

necesario dar el juicio, en nombre del Episcopado. En previsión de ellos, sin que nadie me lo hubiera pedido, preparé un borrador. Discutida la situación y vista la urgencia de una palabra nuestra de orientación a los fieles, leí mi proyecto. “Me parece bien”, dijo el Cardenal Silva, apenas concluida la lectura. Bernardino, muy modestamente, dijo: “Yo también preparé un proyecto”. Apenas concluyó su lectura, dijo el Cardenal: “este es mejor”, y lo era de verdad, mas breve, incisivo, cálido, oportuno y fue tras pocos retoques, el que se entregó al país.

Por ello, no solo en la ocasión referida, sino habitualmente, Bernardino era un colaborador valioso que influyó substancialmente en todo trabajo redaccional que no siempre era fácil. Con paciencia, tenacidad, siempre abierto a escuchar, rehacer, alguna vez, hasta en siete redacciones para lograrlo que satisficiera a todos.

Esa calidez humana, esa cercanía a cada uno de nosotros, hizo que Bernardino encontrara acogida en todos y fuera cercano a todos. El mismo retrato, demasiado optimista que hace de nosotros en este libro, lo refleja como un hombre inteligente, bien informado pero comprensivo con todos, pese a nuestras innumerables diferencias.

Por esto fue el más apreciado y buscado por todos nosotros. La prueba mas evidente nos la da el estudio del Dr. Sandres. El pregunta quién es el que tiene mayor influencia en las reuniones y decisiones que toma la Conferencia Episcopal. Algunos se negaron a dar respuesta. Otros, en cambio, dieron dos o tres nombres. El Dr. Sanders tomó el criterio, en estos casos, de dar tres puntos al nombrado en primer lugar, dos al segundo y uno al tercero. Bernardino obtuvo el primer lugar con 44 puntos, 20 el segundo, 16 el tercero y el 7 cuarto, que fui yo.

Comprenderá ahora el lector el aprecio que los obispos sentíamos por Bernardino y el porqué de su influencia, en nuestras asambleas, pero, talvez, al mismo tiempo, el apuro mío al tener que dar mi juicio sobre un libro cuyo autor aprobó mucho mejor su examen que el crítico que ahora le juzga.

LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE EN 1958

Fui nombrado obispo el 11 de Febrero de 1958, el día centenario de la aparición de la Santísima Virgen a Santa Bernardita en Lourdes. Y participé en mi primera Asamblea Plenaria, poco tiempo después.

El Episcopado Chileno de aquel entonces contaba solo de una veintena de obispos. El mas antiguo, en edad -tenía 92 años- y en antigüedad -llevaba 46 años como obispo- era el Cardenal José María Caro, Arzobispo de Santiago, Primado de Chile y presidente, casi por derecho propio, de la Conferencia.

Después venían varios obispos mayores de 60 años: Pío Alberto Fariña (80), Rafael Lira (79), Guido Beck de Ramberga (73), Teodoro Eugenin (72), Alfredo Cifuentes (68), Eduardo Larraín Cordovez (68), Alfredo Silva Santiago (64) y Roberto Moreira (62).

Venía luego un grupo de obispos nacidos con el siglo: Augusto Salinas (59) Manuel Larraín Errázuriz (58), Ramón Munita (57), Arturo Mery (55), Alejandro Menchaca (55), Vladimir Boric (53), Antonio María Micchelato (49), Pedro Aguilera (48).

Venía finalmente un grupo de obispos recién integrados a la Conferencia: Eladio Vicuña (47 y José Manuel Santos (42), ordenados obispos en 1955. Francisco Valdés (50) y Francisco de Borja Valenzuela (39), y Guillermo Hartl (52) ordenados obispos en 1956. Estaba finalmente Emilio Tagle (51) que fue consagrado obispo pocas semanas antes que yo.

Fuera del Cardenal Caro cuyo prestigio dominaba la Asamblea, parecían tener gran influencia Monseñor Cifuentes y Monseñor Silva Santiago -"los Alfredos"- tenidos por mas conservadores y, en una línea mas progresista y renovadora, Monseñor Manuel Larraín. Los demás obispos, según su edad, su formación o su experiencia pastoral, apoyaban una u otra tendencia.

La Conferencia Episcopal se reunía dos veces al año por uno o dos días, en Santiago, por lo general en casa del Cardenal. Sesionaban mañana y tarde pero se hospedaban y comían cada cual donde mejor le convenía. Conversaban de los problemas de la Iglesia y de la situación del país. A veces entregaban una

Carta Pastoral colectiva sobre un tema importante o de actualidad. No había secretarios -salvo un secretario de actas que era alguno de los obispos-, no había estructuras permanentes ni personal de planta.

Voy a dar una breve semblanza de esos obispos en medio de quienes me inicié en las tareas episcopales a nivel nacional.

José María Caro

Ocupaba en la CECH una posición aparte: por su ancianidad -murió a los 92 años, en pleno trabajo pastoral; por ser Arzobispo de Santiago, Cardenal y Primado de Chile; por su santidad de vida y por su indiscutible popularidad. “El mejor de los chilenos”, lo definió el presidente Ibáñez cuando falleció.

Muchos lo veían como un abuelito, como un viejo campesino, como un patriarca sencillo, bondadoso y cercano al pueblo. Y lo era. Viejo y enfermo, tomaba unos días de descanso en la casa de campo de unas religiosas. Lo fui a ver. Me recibió con su sotana gastada pero digna, apoyado en un palo nudoso en guisa de bastón y cubriéndose la cabeza con un pañuelo a cuadros para protegerse del sol. Así había visto sin duda a su abuelo, en el siglo XIX, en los campos de Ciruelos o de San Antonio de Petrel, cuando él era un niño.

El Cardenal Caro era eso. Pero era mucho más que eso. Inteligente, estudioso, empeñoso, llegó a dominar el griego a punta de esfuerzo y, en su vejez, leía todas las noches el Evangelio en griego. Leía también en inglés y marcaba con un puntito rojo las palabras que no entendía para verlas en el diccionario o consultarlas con alguien que supiera el idioma mejor que él. Escribió mucho y publicó bastante. Era un hombre de su tiempo, dado a la apologética y a la polémica. Peleó mucho contra los masones -escribió contra ellos un libro intitulado “Descorriendo el velo”- y sus años de Vicario Apostólico de Tarapacá fueron muy combativos. Era valiente hasta la intrepidez, sufrido como un asceta, apostólico y misionero como pocos. Su viejo vicario general de La Serena, don José Gabriel Cortés, contaba sus visitas pastorales, desde Taltal hasta Salamanca, sus interminables viajes, de día y de noche, en el longitudinal al norte, de trocha angosta, siempre en tercera. Don Gabriel, de noche, salía a tomar aire a la pisadera del tren. El Cardenal permanecía estoico en su asiento al interior del carro. “¿Cómo soporta el olor?”, le decía don Gabriel. “Si usted no se moviera para adentro y para afuera, le decía monseñor Caro, no lo sentiría”. Eran tiempos duros, de olores fuertes y de grandes cansancios.

El Cardenal Caro era severo. Severo con su clero. Severo con los fieles que se apartaran un poco de la estricta moral de su tiempo. “¡Vaya a vestirse!”, le

decía, a la entrada de un matrimonio de campanillas, a las damas de honor y a las invitadas que llegaban al templo con mangas hasta el codo.

Era simpático, sencillo, alegre, gozador de las cosas mas mínimas. Se avino muy bien con Gabriel González, el presidente serenense, radical sin embargo. “¡Es tan simpático!”, me decía. Era austero como pocos. Se levantaba al alba, oraba mucho. Cumplió sus deberes de pastor hasta la hora de la muerte. Gustaba estar entre los pobres. Se sentía como uno de ellos. “Se le ve la ojota”, dijo alguna vez un patrón de fundo que se sintió herido por su actitud de reserva frente a los ricos, que afloraba a veces pese a su gran bondad.

No ha habido otro Cardenal Caro. Fue el hombre de su tiempo. Los tiempos actuales son otros. Pero su ejemplo sigue vivo.

Pío Alberto Fariña Fariña

Pequeño, delgado, de rostro serio, de voz baja, podía pasar desapercibido. Pero había que conocerlo mas de cerca. Era un latinista eximio; dominaba el derecho canónico; era experto en todas las ciencias eclesiásticas. Y era un eximio guitarrista, uno de los pocos maestros de ese instrumento que había en Chile en su tiempo. Por una delicadeza de la curia romana -o talvez por una simple coincidencia- llevaba el título de obispo titular de Citarizo.

El fue uno de los obispos “co-consagrantes” que participaron en mi ordenación episcopal. Yo pertenecía al clero de Santiago y me iba de obispo auxiliar a Talca. Como el Cardenal Caro, mi obispo, no podía ordenarme porque ya veía poco, le pedí a Monseñor Larraín, obispo de Talca, que fuera el consagrante principal y a las dos obispos auxiliares de Santiago, Monseñor Fariña y Monseñor Tagle que fueran los co-consagrantes. Conocedor de su dominio del latín le expliqué que Monseñor Tagle y él eran los obispos “a quo” -desde donde me iba- y que Monseñor Larraín era el obispo “ad quem”, hacia donde yo iba. “A qua” y “ad quam”, me corrigió Monseñor Fariña. Todos los sustantivos latinos de origen griego son femeninos. Diócesis es de origen griego y por lo tanto femenino”. Enseñada la lección, aceptó con mucho agrado el favor que le pedía.

Rafael Lira Infante

Muy poco lo conocí. Murió como obispo de Valparaíso, en Septiembre de 1958, pocos meses después que yo me integrara a la Conferencia Episcopal.

Era obispo de su tiempo: serio, de pocas palabras, afable pero reservado. Hombre de oración y de estudio, buen administrador y pastor dedicado a su misión, parecía distante, solitario talvez.

Las pocas veces que estuve con él fue antes de ser yo obispo. Yo lo miraba con el gran respeto con que los jóvenes sacerdotes mirábamos a los obispos. No recuerdo haber estado con él en una Asamblea Plenaria.

Guido Beck de Ramberga

Era el “Moisés” de Miguel Ángel: alto, imponente, con su larga barba florida, su voz fuerte y decidida, fluida en castellano pero con fuerte acento alemán. Era el misionero de la Araucanía, el misionero legendario, rodeado de “sus queridos mapuchitos”. Con 30 o 40 capuchinos bávaros, tan grandes, tan fuertes y tan imponentes como él, había creado en la Araucanía un territorio de misión ejemplar. A diferencia de los jesuitas del siglo XVIII que se preocupaban mucho de la situación económica de los nativos, don Guido puso el acento en la atención pastoral y en la educación. Cada “misión” comprendía la Iglesia y la casa parroquial, el convento de los padres, la escuela de niños con su internado y la escuela de niñas con su internado, y el convento de las hermanas, de la Santa Cruz, de Purulón o de Boroa. Y todo funcionaba como un reloj, con disciplina alemana, con la fe y la piedad de “la católica Baviera” a la que aludía a menudo.

Don Guido infundía respeto. Lo rodeaba una aureola de misionero de tipo tradicional. Era muy conservador, al estilo de los campesinos europeos de su tiempo. Severo en las costumbres, intransigente en la doctrina. Infatigable en su trabajo, incondicional en su entrega, irradiaba amor al pueblo mapuche al que entregó su vida. Creó un imperio para la Iglesia, o mejor dicho para los indígenas, un imperio al servicio de los mapuches, de los pehuenches y de los huiliches, un imperio de espíritu evangélico y franciscano, con disciplina y eficacia alemanas. En las asambleas hablaba poco. Su problema no era Chile, era la Araucanía: allí estaba su corazón, su corazón poderoso y tierno como su alma intrépida y generosa.

Teodoro Eugén Barrientos

Chilote, robusto, afable, sencillo y simpático, Monseñor Eugén era un hombre de trato agradable. Era el Vicario General Castrense, respetado y querido por todos por su llaneza, su tipo muy chileno, sin complicaciones ni artificios.

Se retiró en 1959, un año después de mi llegada a la Conferencia Episcopal, por lo que poco estuve con él. Pero aun hoy día, lo siento muy cercano, como uno de esos hombres con quienes me gustaría pasar un rato juntos, como uno de esos hombres que irradian y comunican paz.

Alfredo Cifuentes Gómez

Era un obispo enchapado a la antigua: recio, autoritario, muy cumplidor de todos sus deberes y muy apostólico. Intransigente en materias de disciplina y de ortodoxia. Exigente consigo mismo y con los demás. Era severo, casi agresivo. Al conocerlo mejor uno descubría en él una humildad profunda, una caridad delicada y gentil y una gran ternura en su devoción a la Virgen María.

Era un gran predicador; lo tenía todo: la cultura eclesiástica, la voz clara, fuerte y bien timbrada, la fogosidad apasionada cuando denunciaba los errores y los vicios y una emoción que llegaba a las lágrimas cuando celebraba, en la Gruta de los Dominicos de La Serena, la Novena de la Virgen de Lourdes.

Hijo del gran político conservador don Abdón Cifuentes, vivía en el recuerdo de las luchas memorables del siglo XIX, entre conservadores y radicales, entre católicos practicantes y laicos mas o menos descreídos. Los dardos inflamados que habría dirigido entonces a radicales y masones, los destinaba ahora a los demócratas cristianos y otros grupos afines. No entendió el mundo en el que le tocó vivir su larga ancianidad -murió cuando iba a cumplir 100 años-. Pero su amor a la Iglesia, su fidelidad al Papa, su conciencia escrupulosa, su celo por las almas hacían de él un gran obispo, un gran pastor.

No carecía de sentido del humor. Era muy ameno para contar anécdotas de sus viajes y de sus correrías apostólicas. Pero ¡hay de aquel que se atreviera a interrumpirlo! Por lo demás era interesante oírlo. Tras la máscara severa y dura, aparecía a menudo la sana alegría de un niño. Tenía mal genio, se enojaba en exceso por cosas sin importancia. Él lo sabía y sufría por ello. Antes de dejar el arzobispado de La Serena, quiso despedirse y pedir perdón. A las alumnas del Colegio de la Providencia les pidió que lo perdonaran, era, les dijo, un viejo “cascarrabias” que talvez las había retado más de una vez en exceso. Las niñas lloraron de emoción: que un arzobispo, un septuagenario, les pidiera perdón. Cobraron por él admiración y simpatía.

Tuve oportunidad de conversar con uno de sus antiguos compañeros de colegio. Lo había conocido desde la edad de 5 años. “¿Cómo era don Alfredo a

los 5 años?”, le pregunté con curiosidad. “¡Igual que ahora!”, me contestó su amigo. Él que ya era viejo, siendo niño, siguió siendo niño cuando viejo.

Eduardo Larraín Cordovez

“Mas Cordovez que Larraín”, solía decir para recalcar su figura de viejo campesino, su sencillez, su estilo llano y sin rodeos. Era terco pero gentil, austero pero humano. Fue querido por su clero como pocos obispos lo han sido. Porque tras esa terquedad de trato, se veía la bondad infinita de ese hombre de Dios. Lo admiraban porque era un hombre de una pieza, sólido, intransigente en lo que atañe a la piedad o a la virtud, severo y exigente con los demás pero más severo y más exigente consigo mismo. Un hombre que inspiraba confianza a todos; al comienzo un cierto temor, pero su sonrisa, entre afectuosa, irónica y tímida, su cordialidad de huaso rancaguino terminaban creando un clima de simpatía y de afecto muy sincero.

Toda su vida siguió meditando diariamente los dos libros que lo formaron en el Seminario: Los “Ejercicios de Perfección” del Padre Rodríguez y las “Meditaciones” del Padre La Puente, dos jesuitas del siglo XVII, doctrina sólida y segura, alimento firme para el alma. Un hombre de otro tiempo pero que se mantuvo vigente hasta el último día; porque era auténtico pudo durar.

Era poco ducho en idiomas extranjeros, pero le gustaba conversar con sus vecinos. En la primera sesión del Concilio, le tocó sentarse entre dos obispos franceses. Cuando el Cardenal que presidía le hizo presente al prestigioso Cardenal Ottaviani que había terminado su tiempo en el uso de la palabra, Mons. Larraín comentó con sus vecinos: “le han coupé le quarante”. Los franceses quedaron perplejos: parece que “cortarle a uno el cuarenta” no tiene traducción al francés. En todo caso, esa no.

Alfredo Silva Santiago

Durante muchos años se habló, entre obispos, de “los Alfredos”: uno era Alfredo Cifuentes, el otro Alfredo Silva.

A decir verdad se parecían poco. Alfredo Silva era muy inteligente -como lo era el otro Alfredo- pero esencialmente flexible, sinuoso casi, adaptable, conciliador -más en apariencia que en realidad-, afable y gentil en el trato personal. Hablaba con mucha facilidad y rapidez, en tono bajo, poco expresivo, introduciendo cada tres palabras su muletilla: “por ejemplo”. Fue el primer obispo chileno en tener una audiencia privada con el Papa Juan XXIII. Nos contaba, con humor, como a la hora de tomarse la clásica foto, el Papa, que pasaba de los 100 kilos, lo miró de reojo -don Alfredo, en cuanto a peso, no lo hacía mal- y le dijo sonriendo: “¿Cree usted, por ejemplo, que cabremos los dos en una misma foto?”. El “por ejemplo” lo agregaba don Alfredo.

Era un trabajador infatigable. Su mentalidad era jurídica. Tenía una lógica irrefutable. Era capaz de ganar todos los pleitos. Siendo obispo de Temuco reclamó ante la Santa Sede porque, según él, el Arzobispado de Concepción, del cual Temuco había sido desmembrado, no le había entregado toda la parte de bienes que le correspondía. En esto, fue trasladado don Alfredo de Temuco a Concepción. El nuevo obispo de Temuco reavivó la demanda. Roma pidió al nuevo arzobispo de Concepción que diera su punto de vista. El refutó la demanda del obispo de Temuco -redactada por él mismo cuando era él el obispo- y probó que Concepción -de la cual era ahora arzobispo- había entregado todo lo que correspondía. Así al menos, y con humorismo, se contaba el cuento, alabando el talento y la sutileza de don Alfredo.

En algo se parecían, sin embargo, los dos Alfredos. Por varias décadas representaron y defendieron las tradiciones de la Iglesia Chilena de su tiempo, con mas terquedad el uno, con mas flexibilidad el otro, pero con igual eficacia y con igual pasión. Por muchos años atajaron todos los goles que venían de los delanteros del equipo renovador, liderado por don Manuel Larraín. Cumplieron su misión en la Iglesia: la de conservar lo que había de conservarse y la de obligar a los “avanzados” a madurar mejor sus proyectos renovadores.

Roberto Moreira Martínez

Lo conocí muy poco. Era grande, macizo, muy varonil. Un gran deportista. En su juventud, siendo seminarista, adquirió fama como futbolista. Se decía que había sido pedido para la selección. Mas tarde fue un gran cazador. No hubo perdiz en toda la zona en que él estaba que escapara a su mirada certera y a su tiro implacable.

Fue párroco de parroquias muy de campo: Gualleco, cerca de Talca, El Olivar, cerca de Rancagua. Y conservó toda su vida un aire de cura de campo: sencillo, bonachón, abnegado.

Murió días antes de que yo fuera obispo, así que no compartí con él en ninguna Asamblea Plenaria que era donde teníamos los obispos oportunidad de tratarnos y de hacernos amigos, conviviendo dos veces al año durante varios días.

Augusto Salinas Fuenzalida

Una foto que se hizo popular con la Beatificación del Padre Hurtado mostraba a éste, a Manuel Larraín y a Augusto -entonces Osvaldo- Salinas, con uniforme militar. Los tres eran estudiantes de leyes y fueron compañeros de servicio militar.

Pero eran muy diferentes. La vida los unió y los separó a la vez. Mientras Alberto Hurtado y Manuel Larraín seguían una misma línea, considerada entonces como “progresista”, le correspondió a Monseñor Salinas, fiel auxiliar del Cardenal Caro, aparecer como un “conservador”, casi un reaccionario. Pero él no se veía así. Por el contrario: alegre, entusiasta, jovial con todos, habituado como educador al trato con los jóvenes, se sentía él también joven y abierto a todo lo nuevo. Tal vez sufrió interiormente de ese contraste entre como lo veía la gente y como se veía él a sí mismo.

Era muy alegre, de buen apetito, risueño, aficionado a oír y a contar chistes. Pero era a la vez firme en su criterio y celoso de su autoridad.

Era amable y cariñoso. Un día viajábamos en auto desde Temuco hasta Linares. Como iba a almorzar con él en Linares, que era su sede, me preguntó qué me gustaría comer. Él mismo sugería: ¿Una entrada de paltas? ¿Un congrio frito? ¿Un bife a lo pobre? ¿Un buen vino tinto? La hiel se nos reventaba, a él y a mí, con solo pensar en tanta cosa rica. Llegamos por fin a Linares. La cocinera le notificó que había cochayuyo y papas con arroz de almuerzo y que no tenía como preparar cosas extras. La desilusión de Monseñor Salinas fue muy grande... y la mía también. Pero él era así: con un entusiasmo de niño que lo hacía simpático, y quizás si también vulnerable ante las asperezas de la vida.

Manuel Larraín Errázuriz

Fue durante largos años, casi hasta su muerte, el líder indiscutido de todo lo que había en la Iglesia Chilena de mas abierto, de inquieto, de progresista, de renovador; el vigía que veía venir antes que nadie lo que, al poco tiempo, pasaba a ser nuestra realidad presente.

Ágil de mente como pocos, leía todo lo que llegaba a sus manos -el montón de cartas, de diarios y de revistas que se acumulaban a la hora del desayuno sobre la mesa del comedor era impresionante- y recordaba cada frase que leía, así fuera hojeando rápidamente un artículo o un libro recién publicado.

Viajaba mucho. Conocía todo el mundo. Era amigo muy querido del Papa Paulo VI. Los cardenales del mundo entero, los obispos de América Latina, los grandes teólogos europeos, los grandes pioneros de la espiritualidad y de la pastoral eran sus amigos, lo respetaban, lo consultaban, lo querían. Toda persona importante en la Iglesia que pasara por Chile iba a Talca a ver a don Manuel.

Y sin embargo don Manuel era un hombre muy sencillo, muy acogedor, muy agradable, cariñoso con todos; se entretenía con los niños; gozaba con los jóvenes; le interesaba la conversación de la gente sencilla. Y aun con los intelectuales y los personajes importantes, su relación tenía siempre un carácter humano, amistoso, hogareño.

Yo viví con él tres años, como su auxiliar en Talca. Él era 15 años mayor que yo. Me había conocido estudiante, casi adolescente. Su trato era muy afectuoso pero al mismo tiempo respetuoso de mi libertad, preocupado de que estuviera bien, gentil en extremo.

Don Manuel era, hasta el fondo del alma, un sacerdote: piadoso, humilde, enamorado de la liturgia, conocedor a fondo de la Biblia, amante de la historia de la Iglesia. Pero por sobre todo, pastor, preocupado de cada persona como persona, confesor, director espiritual, amigo de las familias.

Para que decir que don Manuel llenaba Talca. Sus posturas “avanzadas” le ganaron algunas enemistades. Pero, amigos o enemigos, todos lo querían, lo respetaban, acudían a él cuando necesitaban del sacerdote o del amigo. Una

gran luz que, durante muchos, iluminó el cielo de la Iglesia Chilena y que los que lo conocieron recuerdan con cariño y gratitud.

Ramón Munita Eyzaguirre

Después de pasar muchos años en Chiloé y en Puerto Montt, estaba de Obispo en San Felipe, cuando yo ingresé a la Conferencia Episcopal. Pero lo conocía desde tiempo atrás. ¿Quién no lo conocía? Era la esencia misma de la afabilidad, de la cordialidad, de la jovialidad. Muy devoto de San Francisco de Sales, se había empapado en la espiritualidad de la “Introducción a la Vida Devota” y del “Tratado del Amor de Dios”. Muy piadoso, muy bondadoso, tenía a flor de labios una palabra cariñosa y alentadora para todos. Si subía a un bus, luego entraba en conversación con todos los pasajeros. A los niños les contaba cuentos, les proponía adivinanzas, los fascinaba con su contagiosa alegría. Anciano ya y retirado, confesaba largas horas en la antigua capilla del Seminario. Visitaba a los sacerdotes ancianos y enfermos. A todas partes llevaba su paz interior, su fe profunda, su misericordia, su gozo de vivir. Había nacido para hacer el bien, para consolar, para animar.

Ya pasados los 90 años, estaba gravemente enfermo en el hospital. Fui a despedirme de él antes de partir a un breve viaje al extranjero. Fue tal su jovialidad al conversar con él, que me quedé persuadido que, a mi regreso, lo encontraría restablecido. Y así fue. Hombre de viejo cuño, escribió unas “Memorias” admirables. En ellas revive una sociedad chilena que ha ido desapareciendo pero en la que él se formó y en cuyo espíritu siempre se inspiró: la caballerosidad, la honradez, la austeridad de vida, la piedad profunda, la bondad. Un hombre del pasado que supo vivir fiel a su pasado en el mundo de hoy.

Arturo Mery Beckdorf

Alto, delgado, fino, correspondió a Monseñor Mery ser, durante largos años, coadjutor ya sea de Monseñor Cifuentes en Antofagasta o La Serena, ya sea de Monseñor Silva Santiago en Concepción. Y era grande el contraste entre la personalidad recia de “los dos Alfredos” y el trato gentil y casi tímido que era característico de su colaborador.

Monseñor Mery era un predicador de tono suave, de lenguaje florido, de doctrina sólida y de corte tradicional. Atento y gentil con todos, inspiraba confianza a todos, empezando por los arzobispos mas recios a los que él ayudó y a quienes él les facilitaba el trato con el clero y con los fieles.

Caballeroso y educado como pocos, piadoso y espiritual, delicado y mesurado en sus palabras, en sus gestos, en su manera de vivir, era él también un sacerdote típico de su tiempo, mas recatado que el nuestro.

Contaban que al producirse el terremoto de Concepción, cayó la muralla de su dormitorio que daba a la calle. Era muy de madrugada y estaba el arzobispo en cama. Todos huían despavoridos a buscar algún refugio. Don Arturo no se atrevía a salir de su cama en pijama, por estar expuesto a la mirada de quienes pasaban corriendo por la calle. El recato era más fuerte que las sacudidas sísmicas que tenían media ciudad hecha escombros.

Un sacerdote ejemplar para su tiempo, más contemplativo talvez que activo, que nos dejó a todos un testimonio admirable de coherencia espiritual y de integridad moral.

Alejandro Menchaca Lira

Era un hombre encantador: sencillo, humilde, simpático, con una cierta ternura viril. Recuerdo una tarde en Roma, durante la primera sesión del Concilio. Él había renunciado, hacía dos o tres años, a la diócesis de Temuco por causa de salud y yo le había sucedido en el cargo. Estábamos tomando un café en la terraza de un bar como los hay miles en Roma. Yo le hablaba de Temuco, de la gente que tanto se acordaba de él. De pronto apoyó su mano sobre mi brazo y con los ojos llenos de lágrimas me pidió que no siguiera. “Sufro demasiado” me dijo. Y sufría de verdad porque tenía un corazón muy sensible y una gran capacidad de amar.

Todos lo querían en Temuco: el clero por su trato paternal, amistoso, bondadoso y respetuoso a la vez. La gente de mayor situación social porque era fino, educado, gentil, afectuoso. Los pobres, por su sencillez, su afabilidad con todos.

Tenía un humor muy suyo. Almorzaba un día en el Mercado de Chillán, de viaje a Santiago. Él, con su sotana negra, acompañado de otro sacerdote. En las mesas vecinas, huasos chillanejos, con sus sombreros bien firmes sobre sus cabezas. De pronto se paró don Alejandro, tomó su sombrero eclesiástico que había colgado en una percha, se lo puso y reanudó su almuerzo. “Para no desentonar”, le confidenció a su acompañante.

Me costó reemplazarlo. Una vez que predicaba a un grupo de señoras de una institución que él había fundado, una de mis oyentes suspiró muy hondo. Pensé que se sentía mal y me detuve. “No se preocupe, señor obispo, me dijo. Es que me parecía ver sus ojitos azules, oír su voz tan llena de ternura”. Yo me excusé: mi ojos, por desgracia, no eran azules y mi voz carecía de ternura. “Haré lo posible por imitarle” le prometía a la pobre señora. No quedó convencida.

Vladimiro Boric Crnosija

Monseñor Boric era croata de sangre y magallánico de corazón. Toda su vida casi transcurrió en Punta Arenas donde se hizo querer por todos, porque, fuera de ser un hombre excepcionalmente bueno, era uno de ellos. Monseñor Boric era un hombre sencillo, afable, de trato agradable y muy querido. Él y su diócesis, él y Punta Arenas eran una sola cosa. Era amistoso y era paternal. Fundó en Punta Arenas los Amigos Católicos -el AMICAT- que se extendió luego por todo el Sur de Chile. Veía Monseñor Boric llegar año tras año a su provincia lejana funcionarios, profesionales, comerciantes que venían de la capital o de otras ciudades de provincia y quedaban a veces largo tiempo como marginados de la sociedad local. Muchos de ellos eran buenos católicos y les costaba integrarse con los católicos del lugar a quienes no conocían. AMICAT establecía el contacto, creaba la amistad, la convivencia, la ayuda mutua. Una fórmula sencilla pero muy eficaz. Así era Monseñor Boric.

Una joven conocida mía partía a Punta Arenas, con bastante aprehensión. Le aconsejé que, en caso de apuro, acudiera a Monseñor Boric. Sus temores se demostraron justificados. Se vio en graves apuros. Una noche, desesperada, andando por las calles de la ciudad, vio en una casa una plaquita de bronce con el nombre del obispo. Tocó el timbre, le abrió el propio obispo. La escuchó. Y no la desamparó hasta que regresara, sana, salva y tranquila a su hogar. Así era este obispo, servicial, sencillo y eficaz. Un gran corazón de pastor.

Antonio Micchelato Danese

Lo conocí muy poco. Coincidimos a lo mas en una sola Asamblea Plenaria. Lo encontraba alguna vez en el Concilio Vaticano, en Roma pero tan solo intercambiábamos algunas palabras.

Nacido en Italia, religioso servita, llegó a Aysén como misionero y al poco tiempo fue nombrado prefecto apostólico y, algunos años mas tarde obispo para Aysén. Duró poco en el cargo. Regresó a Italia y ahí murió al poco tiempo. Lo recuerdo como un hombre simpático y comunicativo: un misionero en esas tierras frías, despobladas e inhóspitas en aquel tiempo. Su huella ha quedado en esas tierras lejanas pero chilenas.

Pedro Aguilera Narbona

Tenía la pinta de un aimará o de un quechua del altiplano: grueso, carantón, moreno, de tez bronceada. Pero le brillaban los ojos de inteligencia y de cultura. Lo había leído todo, le interesaba todo, lo sabía todo. Podía dar conferencias sobre los “quibuz” de Israel o sobre el “Cordero Místico” de los hermanos Van Eck, como un especialista y lo era, en eso y en muchos temas más.

Monseñor Caro que lo conoció desde niño -era oriundo de Salamanca, que era entonces parte de la diócesis de La Serena- lo admiraba y quería mucho y se apoyaba mucho en él. Lo envió a estudiar teología a la Universidad Gregoriana de Roma. Lo tuvo como asesor de los jóvenes en La Serena, hasta que partió a Iquique, como obispo diocesano.

Una enfermedad prematura fue minando poco a poco su naturaleza, menos robusta que lo que parecía. Le nombraron un auxiliar, Monseñor Valle, serenense como él. Al poco tiempo murió don Pedro y le sucedió José del Carmen Valle.

Recuerdo de él una anécdota simpática. Él me conocía desde que llegué por primera vez a La Serena en 1932. Le interesaba mucho el que mi hermano y yo hubiéramos estudiado en un liceo de París. Cuando, años mas tarde, nos encontramos, ambos obispos, en una Asamblea Plenaria, después de oír una breve intervención mía, me dijo, como quien entendía de cultura: “Se le nota un dejo “cartesiano”, fruto sin duda de sus estudios en París”. Confieso que el elogio no me cayó mal: Descartes puede no haber sido plenamente ortodoxo pero hablaba claro: ya es algo.

Eladio Vicuña Aránguiz

Grande, macizo, de gesto y de voz imponentes, fuerte como una yunta de bueyes, trabajador infatigable, lleno de energía, de iniciativa, de creatividad. Cercano a los 90, conserva su fuerza apostólica y su capacidad de trabajo de los 30 años.

Empezó en la Parroquia de Santa Teresita, en el norte de Santiago, el barrio conocido entonces como Las Hornillas. Siguió con la Parroquia del Buen Pastor, en Macul. Y en ambas partes surgieron iglesias grandes y hermosas, casas parroquiales enteramente equipadas, escuelas y liceos para niños y niñas, conventos para religiosos y religiosas, canchas de deportes, campamentos de vacaciones... todo lo que puede hacer la energía de un hombre que no trabaja para sí sino para Dios y para los pobres.

Trasladado a Chillán como Obispo, a Puerto Montt como Arzobispo, se repite la misma aventura: catedrales restauradas, casas de ejercicios construidas y equipadas hasta el mínimo detalle, nuevas parroquias, misiones en las ciudades y los campos. Es un tractor que arrastra pesados colosos, un tanque que no conoce obstáculos; una gran fuerza bienhechora que vivifica y rejuvenece todo lo que se atraviesa en su camino.

En sus ratos libres, escribe el Oremus: un devocionario completo y al alcance de todos los bolsillos, con catecismo, cantos, himnos y salmos, devociones populares, misal de los fieles, ritual de la vida diaria. El Oremus lleva 1.500.000 ejemplares, el mas alto tiraje de libro chileno alguno.

En nuestras asambleas plenarias, Eladio hablaba poco. Era un hombre de acción, un poco perdido entre tantas discusiones ideológicas, entre tantas sutilezas de intelectuales. Pero observaba mucho.

De un obispo que, al hablar, se enredaba un poco y terminaba moviendo sus delgadas manos frente a sus labios como para ayudar a que salieran las palabras, decía Eladio: "las "ideítas" -así presentaba modestamente el inexperto orador sus aportes- se le enredan con los dedos y se forman nudos inextricables", algo así como un niño que comiera sus tallarines con los dedos.

Otro obispo acostumbraba, cuando hablaba, hacerlo pausadamente, con una sonrisa algo irónica, que inquietaba a los auditores. “¿A dónde irá a parar esto?”, nos decíamos. Eladio, un día, observaba al orador y su sonrisa misteriosa. “La Gioconda, pues no”, le confidenció a su vecino.

Solía entretenernos, imitando a la perfección a algunos de nuestros colegas, con una extraordinaria penetración psicológica del personaje, o contando sus predicaciones en el extranjero, en el idioma que fuera, para conseguir recursos para sus trabajos apostólicos. Eladio convencía y movía los corazones con su presencia, su gesto, su testimonio de vida, su entusiasmo característico; la perfección del idioma era lo de menos, tal vez habría estorbado.

José Manuel Santos Ascarza

Claridad de mente, firmeza de carácter y simpatía personal hicieron de José Manuel la figura central de la Conferencia Episcopal de Chile durante muchos años y los mas difíciles de su existencia .

José Manuel es un escolástico: maneja muy bien el silogismo. Es filósofo más que teólogo. Y es místico más que pastor, discípulo de Santa Teresa de Ávila, pero, también en la mística, le gusta que haya claridad y lógica. Es hombre de principios inalterables. En cierto sentido un conservador, un hombre de certezas y de definiciones, de blanco y negro.

Es también un hombre de carácter. Cuando ha tomado una postura, nadie lo mueve de ella, salvo con argumentos lógicos contundentes. Es firme como el acero para defender la verdad y la justicia. Él llama bien al bien y mal al mal, sin atenuaciones ni medias tintas, sin ni matices. En esta firmeza reside su poder de liderazgo.

Le pidió una vez al Papa permiso para dejar la Arquidiócesis de Concepción -de la que era arzobispo- para entrar al Carmelo. El Santo Padre le ordenó que siguiera desempeñando su misión de pastor en Concepción. “Voy a obedecer, contestó José Manuel, pero soy vasco y por lo tanto porfiado, así que en un tiempo mas, voy a insistir de nuevo. Pasó algún tiempo y un obispo chileno visitaba al Santo Padre. “¿Y qué es del vasco?”, le preguntó Juan Pablo II. No había olvidado la respuesta de José Manuel.

A estas características fundamentales, pero un tanto adustas, agrega José Manuel una sencillez de niño, una alegría sana, una transparencia de alma que son la base de su simpatía. A José Manuel todos lo quieren y lo respetan. Podrán estar en desacuerdo con él pero jamás dejarán de ser sus amigos. Terminado el mas apasionado debate, José Manuel vuelve a ser como un seminarista alegre y entretenido, para jugar una partida de tablero chino, tallerero, divertido, agudo pero transparente como el agua clara. Por eso nadie ha sido elegido y reelegido presidente de la CECH tantas veces como José Manuel.

Liberado por fin de su cargo de pastor, ingresó José Manuel a los carmelitas. Hizo su noviciado en España. Nos llegó un día una foto del novicio

septuagenario, cavando la tierra bajo la mirada severa de su maestro de novicios. “¡Pobre José Manuel!”, exclamábamos sus colegas. “¡Pobre maestro de novicios!”, acotó uno que lo conocía mejor. No debía ser fácil para un maestro de novicios pretender formar a un obispo emérito... y vasco además. Pero todos sabíamos que José Manuel sería el mas dócil de los novicios. El que sabe mandar, sabe obedecer.

Establecido en el Convento de Carmelitas de Viña, José Manuel se dedica a predicar retiros, a confesar, a dirigir espiritualmente y a formar cristianos consecuentes con su fe. Ha vuelto a su origen de asesor de universitarios; está en lo suyo: formar hombres para la Iglesia y para el mundo.

Francisco Valdés Subercaseaux

Estando en Roma participando en un Sínodo, Pancho Valdés y yo tuvimos que sacarnos una foto para algún trámite administrativo. Así lo hicimos. Cuando, al día siguiente, fuimos donde el fotógrafo a buscar nuestros retratos, el de Pancho, ampliado hasta un metro cuadrado, llenaba la vitrina. Es que su figura era imponente en su sencillez de capuchino de extrema observancia y con su distinción de artista, músico y pintor.

Pancho Valdés fue discípulo fiel de San Francisco, cuyas huellas siguió en su país de origen, en Asís, donde hizo su profesión religiosa, pero también, y mucho más todavía, caminando días y noches a pie de Pucón a Curarrehue, o de Temuco a Boroa, en el ejercicio de su ministerio infatigable de párroco, de misionero, de capellán y de obispo.

Pancho era un aristócrata, y era también un artista. Pero lo que dominaba en él era la sencillez, una sencillez profunda, que venía del fondo más íntimo de su alma, una sencillez que transmitía serenidad, paz, confianza, bondad.

En las asambleas plenarias él hablaba a menudo, proponía una idea, con convicción, con calor incluso. Pero, una vez dicho lo que había querido decir, callaba. No discutía, no refutaba, no insistía. Dejaba en manos de Dios el que su proposición fuera acogida o no.

Había algo etéreo en torno a su persona. Se hablaba de sus penitencias, de sus largas oraciones, de su total desprendimiento. Era un místico que vivía en este mundo, con mucha paz. Era un místico sin tensión y sin angustia. Paz y Bien: la divisa de su santo fundador lo definía entero; vivía e irradiaba la paz y el bien.

Francisco de Borja Valenzuela Ríos

Al oír el nombre “Borja”, le preguntó el Papa Juan XXIII si era de la familia de los Borgia. “Es solo mi nombre de bautismo” le contestó riendo Pancho. “Alabado sea Dios”, exclamó el Santo Padre, aludiendo a un predecesor suyo que dejó un triste recuerdo.

Pancho era el hombre para un diálogo jocoso, aun con un Papa. Era alegre, jovial, tallero, bueno para la réplica. A veces desconcertaba a quienes no lo conocían. Pero ahí donde él estaba, reinaban el buen humor, la alegría de vivir, la calidez del trato.

Cuando Fidel Castro estuvo en Chile, visitó al Cardenal Silva y le dejó de regalo algunas cajas de puros. Llegó un día el Cardenal a nuestra Asamblea Plenaria, llevando alguna de esas cajas para compartirla con quienes quisieran. Al terminar el almuerzo, cantábamos el conocido canto de acción de gracias: “Guárdanos puros, fuertes y alegres, hasta el festín de los cielos”. Al oír la palabra “puros”, Pancho tocó el codo del Cardenal y le guiñó un ojo. Todos entendimos, y también el Cardenal, a qué puros se refería.

Pancho Valenzuela era hombre despierto, de mente rápida, de sentido práctico, animoso, alegre, comunicativo, simpático. Donde llegaba creaba un ambiente. En el CELAM, a cuyas sesiones participó muchas veces, dejó el recuerdo de sus tallas, siempre oportunas, de su humor alegre y de su actitud para resolver los problemas mas complejos o para conciliar los pareceres mas diversos, con buen sentido y con su fe sencilla, transparente, sin problemas, sin angustias, con su don de amistad y de simpatía.

Guillermo Hartl de Laufen

El sucesor de don Guido, y su leal cooperador de muchos años, compartía con él cierta majestad alemana; como él, era corpulento, de voz sonora y bien timbrada y tenía una solemnidad sencilla y natural. Pero, a diferencia de su maestro, una acogedora sonrisa iluminaba su rostro de hombre bueno y sencillo. Afable con todos, nunca se le oyó una crítica de nadie. Todo lo veía a través de sus ojos inocentes. Predicaba muy bien; contaba con mucha gracia largas historias que la gente escuchaba con profunda atención. En la intimidad gustaba de contar chistes: nosotros se los encontrábamos un poco “alemanes” pero se los celebrábamos igual. Todo en él era comprensión, simpatía, benevolencia, afabilidad. Todos los “frutos del Espíritu Santo” brillaban en él.

Un día, se discutía en la Asamblea las aptitudes de una persona para ocupar un cargo en la Conferencia. Uno de los obispos, aludiendo a una cierta ingenuidad del candidato, expresó una duda: “¿No será un poquito “alemán”?. Media hora mas tarde, don Guillermo pidió la palabra. No había entendido qué había querido decir su querido hermano al calificar a esa persona como “un poquito alemán”. Él lo había tenido siempre por chileno. En tiempos de la Unidad Popular fue vejado una vez por un grupo de jóvenes izquierdistas que gritaban en forma amenazante: “ones, ones, ones, los curas son...”. Al contarnos este episodio doloroso, confesaba don Guillermo que la última palabra rimaba con “ones” pero él no la había entendido. Así era de inocente don Guillermo, hombre santo, verdadero capuchino, con gran simpatía y calor humano.

Emilio Tagle Covarrubias

Flaco y debilucho en cuanto al físico, Emilio era fuerte, valiente y tenaz en el espíritu. Porque era profundamente piadoso y virtuoso, tenía horror al comunismo en el que veía el adversario irreductible de todo lo que para él era sagrado: la fe, la religión, la moral familiar, la Iglesia y una justicia social sin lucha de clases y sin dictadura del proletariado. Pero hubo pocos obispos mas cercanos a los pobres, mas compasivos ante todo dolor humano, mas delicados con los enfermos, mas austeros y mas desprendidos.

Sus rasgos de caridad fraterna eran proverbiales. Una noche se desvela. Aun no aclaraba. Pone la radio y oye que un marino, en guarnición en la Antártida, había muerto en una accidente. Daban su nombre y el domicilio de su familia en un cerro de Valparaíso. Al poco rato Emilio estaba en pie y partía hacia los cerros en busca de la casa en que una familia estaba sufriendo con la dolorosa noticia. Llegó. Todo estaba cerrado. Aun no despertaba el barrio. Tocó el timbre. A los pocos minutos apareció la dueña de casa, visiblemente salida recién de la cama. Emilio le expresó su pesar por la desgracia. “¿Qué desgracia?”, preguntó la pobre mujer. Aun no le comunicaban la noticia y el obispo ya estaba consolándola en su pena.

Emilio era caballero, fino, gentil, noble en sus pensamientos y en sus procedimientos. Pero era firme, tenaz, inflexible cuando estaba de por medio la verdad o la justicia, al menos como él las veía. En el guante de terciopelo se sentía una mano de acero. No cedía pero sufría si tenía que herir a alguien y terminado el talvez áspero debate, se esmeraba en borrar, con delicadeza y finura, toda huella de animosidad. Durante el régimen de La Unidad Popular, un comando de estudiantes se tomó la Universidad Católica de Valparaíso. Emilio, su gran canciller, no mandó a nadie a parlamentar con los revoltosos. Fue él mismo. Y discutió horas y horas, sin alterarse pero sin ceder. Un dirigente exaltado tomó en un momento la lámpara que estaba sobre el escritorio y la esgrimió en forma amenazante. Emilio no cedió.

Pasaron algunas semanas. Supo Emilio que ese joven dirigente había tenido un quiebre nervioso y estaba recuperándose en un pueblo vecino. Para

allá fue Emilio, conversó largamente con él y, finalmente le entregó esa misma lámpara con que lo había amenazado y le dijo, con cariño: “Algún día, cuando seas mayor, le contarás a tus hijos o a tus nietos tus luchas de dirigente estudiantil. Y le mostrarás esta lámpara como un testigo mudo de ellas. Te la dejo como un recuerdo”. Y se despidió con mucho cariño. El joven estudiante no podía creer lo que veía y oía.

Emilio tenía una memoria prodigiosa. Recordaba hasta los mas mínimos detalles. No olvidaba nunca un aniversario o un onomástico. Escribía muy bien, con frases cortas, que martillaban las ideas. Tenía un sentido del humor muy fino. Era extremadamente delicado en todo lo que toca a las costumbres y eran famosas sus pastorales de verano, cuando las playas de Viña se llenaban de bañistas. Lo consideraban anticuado, y lo era pero lo que él decía en sus cartas pastorales era de tanta elevación espiritual que convencía. Hombre de oración, heroico en el cumplimiento de su deber, pese a su organismo extenuado, pero sobre todo un hombre fino y de caridad infinita.

LOS NUEVOS OBIPOS QUE VAN INTEGRÁNDOSE A LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE ENTRE 1958 Y 1990.

En 1958, entraron Juan Francisco Fresno y Alberto Rencoret. En 1959 entran Raúl Silva Henríquez y Alejandro Durán. En 1960 Gerardo Vielmo y Manuel Sánchez.

En 1962 llegó Francisco Gillmore. En 1963 Enrique Alvear, José Valle, José Luis Castro y Raúl Silva Silva. En 1964 Bernardo Cazzaro, Carlos Oviedo y José Yáñez.

En 1966 se integran Polidoro van Vlierberghe, Gabriel Larraín y Sergio Contreras. El 67 Carlos González, Ramón Salas y Fernando Ariztía. El 68 Carlos Camus y Orozimbo Fuenzalida. El 69 José Hourton e Ismael Errázuriz.

En 1972 entra Juan Luis Isern. En 1973 Sergio Valech. En 1974 Tomás González. En 1975 Francisco José Cox y Alejandro Jiménez.

En 1978 se incorpora Sixto Parzinger, el 79 Alejandro Goic, el 80 Camilo Vial.

El 82 entran Miguel Caviedes, Juan Bautista Herrada y Alberto Jara. El 83 Joaquín Matte. El 84 Patricio Infante y Javier Prado. El 85 Jorge Medina y Pablo Lizama. El 86 Antonio Moreno.

El 88 llega Adolfo Rodríguez. El 89 Enrique Troncoso, Rafael de la Barra y Aldo Lazzarin.

Entre tanto los obispos iban muriendo. Otros alcanzaban la edad de 75 años en que debían presentar su renuncia. El 30 de Septiembre de 1990, me tocó a mí dejar la Conferencia, después de 33 años de pertenencia activa y allí terminan mis reseñas.

Una docena o más de obispos han entrado en la Conferencia después que yo salí. En 1990, Francisco Javier Errázuriz; en 1991, Felipe Bacarezza, Luis Gleisner, Cristián Caro; en 1992, Cristián Contreras; en 1993, Renato Hasche; en 1995, Juan Barros, Horacio Valenzuela, Gonzalo Duarte; en los últimos años,

Ricardo Ezzatti, Manuel Donoso, Tomislav Koljatic, Luigi Infanti, Gaspar Quintana, Andrés Arteaga y Juan Agurto. Conozco a muchos de ellos pero no he convivido con ellos en la Conferencia y por eso quedarán fuera de estas páginas.

Juan Francisco Fresno Larraín

Grande, macizo, rubio, caballero por donde se le mire, Pancho es el vástago de muchas generaciones de terratenientes, ricos los unos, pobres los otros, católicos fervorosos, conservadores con sentido social, con familias numerosas, sanas y alegres. En él se reúne todo lo positivo de la vieja sociedad chilena.

Agreguemos a esto una gran piedad, profunda y a flor de piel. Una gran bondad, especialmente con los ancianos, los enfermos, las personas solas y tristes. Pancho es el sacerdote que todos quisieran para una de esas parroquias a la antigua, el padre bondadoso de una comunidad creyente.

Pero Pancho es más que eso. Tiene un don notable para administrar, para gobernar, para formar equipos, para delegar responsabilidades, para resolver problemas. Y lo mostró cuando, en circunstancias muy difíciles, fue Arzobispo de Santiago, sucediendo al legendario Cardenal Silva, y logró no solo continuarlo y completarlo como pastor de la Iglesia de Santiago sino ayudar a encontrar una solución política para facilitar la transición pacífica del gobierno militar a la democracia. Un servicio que Chile talvez no le ha agradecido lo suficiente.

Pancho es muy humilde. Pero tiene una gran dignidad. Sabe ocupar el puesto que le corresponde. Como Cardenal y Arzobispo de Santiago supo ponerse en su lugar. Y hacerse respetar. Modesto pero firme. Se sabía un simple instrumento. Pero sabía también que ese instrumento lo manejaba Dios. Y muchos lo sentimos así.

Alberto Rencoret Donoso

Extraño, casi misterioso, ha sido el destino de este hombre santo, que sufrió mucho y que dejó una huella profunda en sus discípulos espirituales.

Joven abogado, llegó a ser prefecto de investigaciones en Valparaíso, durante el primer gobierno de Ibáñez. Y se vió envuelto en un doble crimen político. Fue arrestado, encarcelado, condenado a muerte y casi ejecutado. Él afirmó siempre su inocencia, la tranquilidad de su conciencia. Liberado después de una larga agonía, se entregó a Dios por entero. Ingresó al Seminario y después de largos años de oración y de estudio llegó a ser sacerdote. Lo conocí como director espiritual del Seminario. Lo admirábamos por la profundidad de su teología y de su espiritualidad. Lo queríamos por su sencillez, su pobreza y su piedad.

Su vida de sacerdote y luego de obispo fue difícil. Incomprendido por algunos, admirado y seguido por otros. Y luego, prematuramente, la enfermedad se estableció en su vida, como una última purificación. Sus últimos años fueron tristes, solitarios, desconcertantes para algunos: un misterio entre Dios y él.

Una gran figura de hombre de Dios, probado en el dolor.

Raúl Silva Henríquez

Su vigorosa personalidad, su enorme prestigio, su rol histórico sobrepasan la modestia de un simple boceto. Voy a referirme a él tan solo como a un obispo mas, miembro de la Conferencia Episcopal de Chile y, varias veces, su presidente.

Raúl Silva era de pocas palabras, pero hablaba claro y fuerte. Tenía el don de mando pero no era diplomático. Parecía duro pero era sensible y compasivo del dolor ajeno. Era muy inteligente e iba al grano, a lo esencial, dejando de lado lo menos importante. Cuando fue presidente de la Conferencia, se supo quien mandaba. Cuando dejaba de serlo, volvía a su puesto con sencillez y participaba en los debates como cualquier otro. Sus decisiones las tomaba como Arzobispo de Santiago, sin comprometer a sus hermanos obispos. Pero era leal con la Conferencia a la cual pertenecía. Su carisma era la fortaleza. Siempre lo vi como un boxeador de peso pesado, capaz de pegar fuerte, cuando era necesario, malo para esquivar los golpes y con una capacidad infinita de “absorber castigo” como dicen los comentaristas del boxeo.

Era afectuoso con sus colaboradores. Estos lo admiraban, lo seguían y lo querían mucho.

También tenía su sentido del humor, de acuerdo con su carácter. Una vez, en Punta de Tralca, un grupo de obispos amigos comentaba con él sus Memorias recién publicadas. Uno señalaba la inexactitud de tal recuerdo. Otro encontraba confusa la narración de tal episodio. El Cardenal oía con paciencia. Hasta que miró a sus interlocutores y señalando con la mano su propio pecho dijo: “Son mis memorias” y repitió, acentuado el “mis”: “mis memorias”,

Alejandro Durán Moreira

Alejandro Durán era la seriedad misma. Y la sobriedad. De baja estatura pero con cierta prestancia, hablaba lento y en voz baja; decía lo que quería decir y nada más. Era ordenado. Metódico, tenaz, cumplidor de su deber.

Fue obispo de Ancud, de Los Ángeles y finalmente de Rancagua, su lugar de origen. Estimado por todos: un hombre serio, fiable, talvez sin brillo. Buen exponente del clero chileno, fue querido por los sacerdotes que lo sentían como uno de ellos y sabían apreciar sus virtudes: sana doctrina, buen criterio, fe profunda, vida ejemplar.

Gerardo Vielmo

Su paso por la Conferencia Episcopal fue breve. Él temía al avión, especialmente en esas tierras y cielos de Aysén, donde era obispo, con sus vientos impredecibles y sus aeropuertos de fortuna. Cuando fue nombrado pastor de esos lugares, hizo a Dios la promesa que nunca dejaría, por temor, de viajar en el avión que fuera, donde y cuando su deber de obispo se lo pidiera. Y murió en un accidente aéreo. El Señor había oído su compromiso y se lo tomó a la letra.

Era un hombre sencillo, afable. Un italiano de brazos musculosos, de mirada directa, con cierta dulzura. Un misionero y en cierto sentido, un mártir.

Manuel Sánchez Berguiristain

Monseñor Sánchez estaba ya retirado. Nos vinimos solos en auto desde Santiago, él hasta Concepción y yo a Temuco. Tras un largo silencio me hizo una confidencia. Había visto su médico. Y éste le había dicho que sus arterias coronarias ya no daban para más, que podía morir en cualquier momento. Y con una expresión inconfundible de paz y de alegría me dijo: “Estoy feliz. Cada mañana, al despertar, le digo al Señor: ¡Ojalá sea hoy! Y antes de dormirme, le digo: ¡Ojalá sea esta noche!”.

Así era Manuel Sánchez: sencillo, auténtico, transparente. Hijo de españoles y nacido en España, se vino a Chile de niño, con su familia, y se volvió chileno y penquista. Hombre práctico, directo, de pocas palabras, excelente administrador. Pero los que lo conocieron mas íntimamente lo quisieron mucho. Era afectuoso, con cierta rudeza de hombre que no pierde su tiempo en palabras y gestos. Pero cuando se le pedía un servicio, se podía contar con él.

En momentos difíciles del comienzo del gobierno militar, me vi necesitado de su ayuda. Le pedí que viniera a Temuco, que me acompañara en una visita a las autoridades y me diera ante ellas su respaldo. Vino inmediatamente y su visita fue para mí un apoyo invaluable.

Creo que Manuel Sánchez ha sido uno de los obispos mas queridos por sus hermanos obispos. Hablaba poco pero uno sabía que podía contar con él. Era el hombre del buen sentido y de la concordia, un buen consejero, un amigo fiel.

Francisco Javier Gillmore Stock

Era hombre de mar y vibraba con nuestra marina de guerra, de la que era capellán. Al ser nombrado Vicario General Castrense pasó de marino a ser general. Llevaba el uniforme de soldado como había llevado el uniforme de marino: con un corazón de sacerdote.

Hombre afable, siempre sonriente, muy buen amigo. Quería a las Fuerzas Armadas de Chile y sufría de carecer de un clero propio, al tener pocos fieles estables y muchos pasajeros -los que hacen su servicio militar- y al no tener seminario propio. Pero con la cooperación de los demás obispos y de las órdenes religiosas y con su constancia, logró mantener en buen pie su Vicaría, hoy Obispado, y prestar un servicio religioso muy importante para el país. Primero a los cuadros permanentes. Y luego a las decenas de miles de jóvenes entre 19 y 20 años que pasan por los institutos armados donde reciben a menudo una catequesis y se preparan para los sacramentos que no hayan aun recibido.

Francisco Javier era un buen pastor porque quería a sus fieles, los uniformados. Y ellos sabían que él los quería.

Enrique Alvear Urrutia

Enrique agonizaba en su cuartito del Hospital Clínico de la Universidad Católica. Afuera, en el pasillo, un viejo militante comunista decía: “Yo no sé si Dios existe, pero si existe, tiene que ser como el Padre Enrique”. Murió Enrique y algún tiempo después murió también su amigo comunista; murió profesando su fe y su amor a Dios, al Dios del Padre Enrique.

Enrique fue toda su vida un hombre y un sacerdote ejemplar. En el Seminario, como “prefecto de los teólogos”, su voz cristalina cuando rezaba el Angelus, su afabilidad sonriente y alegre unida a una gran seriedad y sentido del deber nos edificaban. Mas tarde fue capellán de religiosas contemplativas, confesor y director espiritual, predicador de retiros, catequista eximio. Nada en él anunciaba al rebelde, al hombre de frontera, al amigo de los militantes de izquierda, de los políticos contestatarios, de los perseguidos por el poder.

Y sin embargo, Enrique fue siempre el mismo. Gentil pero firme cuando se trataba de la justicia. Amigo de todos pero especialmente de los pobres. Correcto y digno en su presentación personal pero de rigurosa pobreza y austeridad. Se afeitó toda su vida, a las cinco de la mañana, con su misma Gillette de sus años de estudiante, -cuya hoja cambiaba muy de tarde en tarde-, con agua fría y jabón de lavar.

Como obispo auxiliar de Talca, obispo de San Felipe y vicario de la Zona Poniente de Santiago, vivió intensamente la vida de los pobres, de sus hogares y de sus capillas, pero lo que entregaba con su voz bien timbrada y con su gesto expresivo y sencillo a la vez era de la mas alta espiritualidad, era el Evangelio puro, meditado y vivido, día a día, durante toda una vida.

Si había que llevar algún indispensable remedio a un detenido en algún lugar de detención clandestino; si había que atestiguar el hallazgo de cadáveres enterrados clandestinamente, si había que acompañar una protesta que le parecía legítima: ahí estaba Enrique, pálido, tímido pero resuelto, con el coraje tranquilo que nace de una conciencia exigente y de una gran confianza en Dios. A todos nos ha dejado el testimonio de un santo.

José Valle Gallardo

Bajo, moreno, calvo, sonriente y afable pero silencioso y discreto, José Valle era uno de los que menos hablaba en nuestras asambleas. Pero cuando lo hacía, así fuera con una exclamación o con un comentario al pasar, el asunto estaba concluido . Nadie se habría atrevido a contradecir a José Valle porque era santo y además de ser santo, era muy inteligente y de mucho carácter, sabía lo que quería y su sencillez y humildad no le impedían tener un gran ascendiente, al menos en quienes mas lo conocíamos.

Había nacido en Mincha, en la provincia del Choapa, un pueblo pobre y retirado de los caminos principales. Fue un excelente alumno del Seminario de La Serena en que se educó con los padres del Verbo Divino, con quienes se mantuvo unido a lo largo de la vida. Fue párroco de Carén, al interior de Ovalle; el párroco anterior, primo suyo, había muerto en circunstancias misteriosas. Se decía que había sido asesinado y por gente de la misma parroquia. Para el nuevo párroco, la situación era muy difícil. Llegó José del Carmen y al cabo de pocos días, la parroquia era una taza de leche. Excelente jinete, recorría a caballo cerros y valles, llevando a todas partes la paz de Dios. Pronto lo trajo su obispo a La Serena, como secretario y luego como vicario general. Justo, ecuánime, sencillo, inspiraba confianza a todos. Y un día le llegó, sin que jamás lo hubiera imaginado ni deseado, su nombramiento de obispo de Iquique. Estuvo 20 años en el Norte. Se hizo querer y se hizo admirar por su empeño apostólico, su prudencia, su paciencia, su vida austera, su sencillez de trato. Cuando llegó la hora de retirarse, volvió a La Serena y hasta los 91 años no paró de trabajar: vicario del Valle de Elqui, director espiritual del Seminario, capellán de la misa de 12 en la Catedral, confesor de muchos sacerdotes y fieles .

José Valle era de pocas palabras. Cuando oía una buena noticia, levantaba levemente la cabeza y se limitaba a decir: “¡Ah!”. Cuando la noticia era mala, bajaba la cabeza y decía “¡Oh!”. Con estas dos vocales salía del paso y lo decía todo.

Una vez almorzamos, un grupo de obispos, con el Santo Padre, en Roma. A la hora de la despedida, el Papa se detuvo ante monseñor Valle. “Usted, le dijo,

es el único que no habló nada durante el almuerzo. Debe ser el mas sabio!".
¡"Ah"!, contestó monseñor Valle y levantó la cara en que se esbozaba una
sonrisa.

José Luis Castro Cabrera

Duró apenas dos años como obispo. Murió en un accidente de auto. Son muchos los obispos que han sufrido graves accidentes de auto; continuamente en camino, a menudo por rutas imposibles, están expuestos, por su mismo cargo, a estas contingencias.

Don José Luis fue párroco de Santa Filomena y después de San Ramón: allí lo conocí. Era un hombre sencillo, acogedor, simpático, entusiasta de toda iniciativa apostólica. Pero era también un hombre de estudio. Enseñó filosofía y teología en sus años juveniles. Inteligente pero sacerdote y pastor antes que nada. Un muy buen hombre, muy cercano al Evangelio.

Raúl Silva Silva

Eladio Vicuña, que fue su condiscípulo desde la primera preparatoria, dice que Raúl era el primero de su curso, el mateo inalcanzable, desde que entró al colegio hasta que salió de bachiller. Los que lo conocieron de lejos o solo ocasionalmente, talvez se sorprenderán. Porque Raúl no se distinguió como sacerdote por su ciencia, como profesor o como predicador. No era un intelectual ni pretendía serlo.

Raúl era sencillo, llano, cercano a la gente. Tenía todo su tiempo disponible para el que quisiera conversar con él, rico o pobre, ignorante o sabio. Siempre dispuesto a ayudar a quien necesitara de él.

Podía pasar por ingenuo, quizás por un poco infantil. Decía con sencillez lo que él pensaba, o lo que se le ocurría, sin preocuparse demasiado de si lo que decía podía molestar o extrañar a alguien. Su intención era transparente. Su bondad evidente. Tenía toda la sencillez del Evangelio, la inocencia de los niños que tanto agradaban al Señor.

Pero era muy inteligente, con una inteligencia original, ocurrente, creativa, muchas veces entretenida y muchas veces edificante. Decía lo que nadie habría dicho en su lugar pero que muchos gozaban de oírsele decir. Porque iba al grano, al meollo, porque su lenguaje era si, si, no, no y al pan lo llamaba pan y al vino, vino, sin timidez, sin complejos, sin diplomacia, con frescura de alma, con una mirada limpia y nueva sobre los hombres y sobre las cosas. Talvez no lo oímos como el merecía que se le oyera. Talvez no aprovechamos plenamente de su alma angelical más que terrenal. Pero a los que fuimos sus amigos, a los que lo quisimos y lo admiramos, nos dejó un testimonio inolvidable.

Bernardo Cazzaro

Bernardo era muy religioso y religioso italiano. Muy piadoso, fue en su país de origen maestro de novicios. Conservó siempre algo monacal, separado del mundo.

Era muy conservador. Sabía exponer y defender sus posiciones. Pero lo hacía con tanta gentileza y modestia que si no convencía, al menos se ganaba el respeto y la simpatía de quienes no compartían su postura.

Le tocaron diócesis duras: Aysén, Puerto Montt. Clima inclemente, caminos embarrados, largas distancias. Pero esa era su vocación: ser misionero.

Le costó tal vez entender a Chile y entender los tiempos que corrían. Pero era un alma transparente, lleno de buena voluntad y de celo sacerdotal y llegaba a la gente porque se sentía en él el hombre de Dios.

Carlos Oviedo Cavada

Cuando entró Carlos a la Basílica de la Merced, el día de su ordenación episcopal, alto, erguido, todo vestido de blanco, una piadosa señora exclamó: “¡Es un lirio!”. A él no le gustaba que le recordaran este episodio.

Carlos era frío, algo desganado, un poco solitario. Como obispo vivió muchos años solo. Se hacía él mismo su comida. Era muy sobrio, casi un asceta.

Era un esclavo del deber. Hacía todo lo que tenía que hacer. Y lo hacía bien. Y no se retiraba a descansar mientras no hubiera terminado su tarea. A las 11 de la noche, andaba todavía visitando algún sacerdote enfermo, o en alguna reunión de catequistas en alguna lejana parroquia.

Decía lo que había que decir, sin inmutarse, sin mirarle la cara a nadie. Claro, preciso, certero en sus opiniones y en sus juicios.

Asumió la Arquidiócesis de Santiago como había asumido antes la de Antofagasta y como había trabajado en la de Concepción: con dedicación, con entrega, mas pastor de sus fieles que figura nacional. Asumió con dignidad su título de Cardenal pero siguió siendo el pastor preocupado de su clero, de la catequesis, de la liturgia, de las comunidades de base, del día a día del quehacer de la Iglesia, pese a la inmensidad de la arquidiócesis que debía atender.

El dolor lo engrandeció. Su firmeza y su paz interior para asumir los estragos que una lenta y progresiva parálisis hacía en su cuerpo, que se mantenía erguido pero vacilante, en su voz, que se volvió confusa y difícil de entender, pero sin tocar su mente que permaneció lúcida, ni su alma que permaneció unida al Dios a quien había dedicado su vida, causaban admiración en quienes lo veían.

En sus últimos días, se sintió rodeado mas que nunca por el respeto y el cariño de un pueblo que sentía la grandeza del sacrificio que Dios le pedía y el coraje tranquilo con que él lo aceptaba.

José Yáñez Ruiz-Tagle

José Yáñez era franciscano y de larga trayectoria. Graduado en los Estados Unidos, profesor en colegios franciscanos, misionero en Chile, en Perú y en Bolivia, capellán de la Asistencia Pública, fue un gran apóstol social. Organizó en sindicatos las floristas de la Pérgola de San Francisco, los lustrabotas del centro de Santiago. Creó la UNCEOFICH, con las empleadas de la industria y del comercio. Alto, delgado, fino en su trato, era infatigable: una figura popular y querida en el centro de Santiago que atendía a todos desde el viejo templo y el colonial convento de la Alameda.

Como obispo de Los Angeles participó en la última sesión del Concilio Vaticano II. Allá en Roma se agravó un cáncer que había soportado estoico hasta entonces. Terminada la última sesión, los obispos chilenos nos dispusimos a volver a la patria. Antes de partir fuimos a despedirnos de nuestro hermano enfermo. Lo encontramos tranquilo, sonriente, en su cama. Nos agradeció la visita, nos preguntó a cada uno de nosotros por nuestra salud, por el viaje que íbamos a emprender. Y, con la mas fina cortesía, se despidió de nosotros. “Yo moriré muy luego, nos dijo, talvez esta misma noche o mañana temprano. Que tengan un muy buen viaje. Saluden a todos nuestros seres queridos, que les vaya muy bien”. El moribundo nos animaba a nosotros que estábamos sanos. Era tal su paz, casi diría su alegría, que salimos de su cuarto emocionados, silenciosos, edificados por su testimonio.

Polidoro van Vlierberghe

Polidoro es uno de esos franciscanos belgas que, a comienzos del siglo pasado, marcaron una huella muy honda en todo el norte de Chile. Ha sido el misionero del Valle del Choapa. Illapel, Salamanca, Mincha, Canela, Los Vilos y cien lugares mas lo vieron durante veinte años, juvenil, alegre, simpático, predicando el Evangelio con el espíritu de San Francisco, ayudando y supliendo muchas veces a un clero abnegado pero escaso, presente y disponible a todas horas y en todas partes, amigo de todos, servicial con todos. Amigo de ricos y pobres, de moros y cristianos, siempre animoso, conocía su “prelatura” de Illapel mejor que su convento y no había nadie en el Choapa que no lo conociera a él.

En nuestras Asambleas Plenarias hablaba poco. Pero querido y admirado por todos aportaba mucho al ambiente de sencillez y de alegría que siempre prevaleció en nuestras reuniones.

Gabriel Larraín Valdivieso

Como sacerdote y como obispo fue ejemplar. Pocos tomaron tan en serio como él, o participaron mas activamente que él, en los esfuerzos por mejorar y “aggiornar” la pastoral de la Iglesia Chilena de acuerdo con los tiempos nuevos. Claro de inteligencia, activo, organizador, infatigable, estaba en todas las actividades pastorales, planificando y realizando todo lo que fuera para bien de la Iglesia.

Su retiro prematuro nos afligió a todos, pero conservamos el recuerdo de un obispo lleno de celo y un buen amigo.

Sergio Contreras Navia

Aludiendo a sus mechas tiesas como alambres, decían que Sergio, para peinarse, ponía dos dedos en el enchufe eléctrico y quedaba listo. Esto es un reflejo de su personalidad: hombre de trabajo, verdadero “buey maderero”, que nunca se dio tiempo para sí, entregado por entero a servir a Dios, a la Iglesia y a los hombres. Nadie ha trabajado mas para la Conferencia Episcopal -o sea para la Iglesia Chilena a nivel nacional- que Sergio. Y pocos habrán trabajado tanto como él en el servicio de las diócesis en las que ha sido obispo.

Su rostro serio, su trato sobrio revelan al hombre exigente consigo mismo y con los demás. El hombre del deber, responsable, totalmente entregado a su ministerio. Podría decir con Peguy: “Me gusta trabajar; me gusta trabajar bien; me gusta trabajar mucho; me gusta trabajar rápido”. Creo que a Sergio le gusta trabajar: pero, aunque no le gustara, trabajaría igual, por deber, por exigencia de su conciencia, por amor a la Iglesia y por amor al pueblo de Dios. Sergio es ingeniero, formado en la Universidad Técnica de Santa María. Fue el mejor alumno de su promoción y recibió su título y los honores debidos a su excepcional dedicación, llevando ya la sotana del seminarista. Su encuentro definitivo con Dios tuvo lugar a la sombra de José Manuel Santos, entonces asesor de la Acción Católica Universitaria de Valparaíso. También Carlos Camus, su compañero en la AUC, fue llamado por Dios al sacerdocio, junto con él. Tres obispos, Santos, Contreras y Camus que durante varias décadas dieron un rumbo a la Iglesia Chilena.

Carlos González Cruchaga

Carlos fue durante muchos años, uno de los obispos más influyentes de la CECH, de la que terminó siendo presidente. Pero esa influencia se ejercía de manera muy particular. Hablaba muy poco y apenas se le oía la voz. No daba razones: expresaba intuiciones, tincadas. No siempre convencía, pero después que él había hablado, resultaba difícil votar en contra de su parecer. Se confiaba en él quizás más aun que en sus razones.

Carlos inició su vida de sacerdote, con Rafael Larraín, entre jóvenes obreros, en la JOC (Juventud Obrera Católica). Incursionó después entre universitarios, dejando en muchos de ellos una huella profunda. Muchos hombres ilustres de hoy recuerdan con entusiasmo los tiempos de "San Manuel" la población que ellos atendían y en que se formaron. Suscitó vocaciones al sacerdocio. Llegó finalmente al Seminario como director espiritual y, mas tarde, como rector. Marcó un rumbo. Impuso un estilo. A la muerte de Manuel Larraín fue nombrado obispo de Talca. Allí se dedicó preferentemente a los campesinos.

Muy inteligente. Muy culto, lee de todo y rápido, pero sin pretensión de erudición. Intuitivo, idiosincrásico al máximo, con el don de mando, paternal y bondadoso pero seguro, heredado de sus ancestros; no discute, enseña, afirma. Y le siguen centenares de discípulos para quienes don Carlos es maestro, maestro de vida. Carlos suele meterse en problemas difíciles pero sigue adelante. De alguna manera encontrará una salida y la encuentra. No duda de sí mismo, o al menos no se le nota y por eso sus discípulos lo siguen sin vacilar. Confían en la persona. Es un líder nato. Abomina las latas. Más de una vez cuando nos alargábamos, en nuestras asambleas, discutiendo algún tema complicado, veíamos a Carlos parado al lado de la puerta entreabierta, con una expresión de impaciencia inconfundible, esperando el momento para salir apresurado. Carlos no espera a nadie. Un minuto después de la hora de la cita, si no llegó la persona citada, se va. Tampoco pierde un minuto. A sus labores pastorales en el terreno y a unas pocas reuniones administrativas, él agrega muchas horas de conversaciones personales, de dirección espiritual o de información de lo que

pasa en el mundo. Porque le gusta saberlo todo y sabe escuchar y son muchos los que desean escucharlo a él.

No tiene el don de la palabra. Pero su conversación es siempre interesante, novedosa, original. Y tiene el don de la pluma. Leerlo es escucharlo, es verlo, es oír su voz. Y sus libros, que son muchos y siguen saliendo, son para muchos alimento espiritual e intelectual insustituibles.

Sencillo y austero en su manera de vivir, trabajador incansable, se veía su vieja camioneta por los caminos y hasta por los potreros de Talca y Curicó, y a él, conversando con los campesinos, desarrollando su pastoral rural. Hombre de terreno más que de oficina, de acción directa más que de disquisiciones teóricas, cercano y paternal, entregado a su tarea: una gran y original figura de pastor.

Ramón Salas Valdés

Ramón Salas trabajó siempre en profundidad y con sencillez. Obispo de Arica -atendido hasta entonces casi exclusivamente por los Jesuitas- comprendió que debía formar un clero propio para Arica. Y se dedicó por entero a los jóvenes, a suscitar entre ellos vocaciones al sacerdocio, a preocuparse de su formación, a atenderlos personalmente.

Comprendió también el valor del diaconado permanente para preparar y completar la obra de los sacerdotes, para multiplicarla y para poner la atención pastoral y sacramental al alcance de todos, en las poblaciones, en las comunidades. Se dedicó como pocos obispos a la formación de diáconos, compartía su vida de hombres sencillos, trabajadores, padres de familia. En veintisiete años de empeño logró cambiar la fisonomía de la iglesia de Arica.

Ramón era un asceta. Muy sobrio, muy quitado de bulla: no salía sino muy rara vez de su diócesis y cuando el deber se lo imponía. Viajó muy poco al extranjero, salvo a los países vecinos de Perú y Bolivia con cuyos obispos más cercanos cultivó una íntima amistad. Participaba sí en las asambleas plenarias : claro de mente, de pocas palabras, firme en sus ideas y en sus propósitos, con su ejemplo nos hacía aterrizar a todos en la realidad cotidiana y sencilla de la Iglesia chilena.

Fernando Ariztía Ruiz

Fernando es fino, es discreto. Pasa fácilmente desapercibido. Pero no conozco sacerdote que haya sido tan fiel a su promesa de dedicar su vida sacerdotal a los pobres, al mundo obrero, al ambiente poblacional. Y sin perder nada de su delicadeza, de su gentileza de trato, de su humor liviano, de su simpatía, de su sencillez, de su acogida a todos.

Siempre ha estado en el sector progresista. Viéndolo todo desde el punto de vista del pueblo. Como asesor de la JOC, como párroco de La Legua, como vicario zonal de Pudahuel, como miembro clave de “Cristianos para la paz” en la hora de mayor peligro, como obispo de Copiapó durante cerca de 30 años, siempre ha sido el mismo y siempre ha estado donde mismo: el hombre fiable, auténtico, sin ambición y sin intriga, dedicado entero a su ministerio, con todos, pero eso sí, primero que nada, con los pobres.

En un momento dado ocurrió lo que años antes hubiera parecido improbable: Fernando Ariztía, presidente de la CECH. Y apenas hecho el nombramiento, se vió como tan natural, tan lógico. Su prestigio, su experiencia, su testimonio, su trato afable con todos lo imponían para el cargo. Él no había cambiado en nada. Pero los obispos de repente, descubrieron, detrás del obispo comprometido hasta las últimas consecuencias con los marginados, los discriminados, los perseguidos, a un auténtico discípulo de Cristo, a un sacerdote y obispo ejemplar, a un hombre que inspiraba confianza a todos, el “varón justo”, el “servidor bueno y fiel” del Evangelio.

Carlos Camus Larenas

De todos los obispos chilenos que he conocido es uno de los mas inteligentes, o, al menos, de los mas brillantes. Periodista nato, tiene el don de captar el interés de quienes lo escuchan o lo leen. Da color y vida a las ideas y encuentra la manera de volver concreto lo abstracto y actual lo pasado. Sabe hablar al campesino como al intelectual y se mueve de la teología a la vida rural y sencilla, de la política mundial a los temas pastorales mas cotidianos.

Tuvo fama un tiempo de ser un obispo “político”, porque conocía bien los hombres y las situaciones, tenía coraje para afrontar las contingencias y llamar las cosas por su nombre y además un estilo ágil, a veces incisivo y polémico. Los famosos “off the record” tuvieron una resonancia fuera de proporción con el hecho en sí: un obispo, secretario general de la CECH, invitado a conversar por unos corresponsales de prensa, sin publicidad -off the record- y que habló en confianza, sin sospechar que alguien le estaba grabando y que esa grabación encontraría acogida en la gran prensa.

Carlos, como obispo de Linares, ha sido un admirable pastor de los campesinos. Los conoce bien, les habla de lo que a ellos les interesa, respeta su cultura y defiende sus intereses cuando es oportuno hacerlo. Sorprende por su “tradicionalismo” pastoral, él que es habitualmente tenido por “avanzado”: y es que el campesino es tradicional en su piedad y en su cultura y Camus sabe adaptarse con inteligencia y con cariño a la realidad.

¡Cuántas veces en la redacción de una declaración colectiva, Carlos Camus encontró la formulación justa, clara y brillante de lo que queríamos expresar! Y terminada la tarea del día, era uno de los mas asiduos y astutos jugadores de tablero chino, con Alvear, con Carlos González, con José Valle y otros. Un juego sencillo pero entretenido que servía para relajar el stress de las largas reuniones, sin exigir un esfuerzo intelectual excesivo.

Orozimbo Fuenzalida Fuenzalida

Orozimbo es rancaguino, chileno de pura cepa. De baja estatura, gordo pero firme, infatigable, habla el lenguaje de la gente y la gente lo comprende. Es alegre, vital, campechano, cariñoso para atender sus visitas, atento con todos.

Es también un pastor para todo terreno. Se le veía en la cordillera en medio de los pehuenches y se le ve en la magnífica catedral de San Bernardo, construida por él, así como construyó el Seminario, la Curia Episcopal, una Casa de Ejercicios, nuevas parroquias y mil cosas más.

¿A qué se debe esta extraordinaria capacidad realizadora que le ha permitido en pocos años levantar una diócesis pujante en lo que era hasta entonces parte de la zona sur de la Arquidiócesis de Santiago y una cuantas parroquias de la Diócesis de Rancagua? A un conjunto de cualidades que se apuntalan unas con otras. Orozimbo es trabajador, empeñoso. Es luchador, tenaz. Es simpático. Ignora la reserva y la timidez. Es entrador. E inspira confianza por su buen sentido, su postura profundamente conservadora en lo esencial y también en la apariencia, unida a una juventud de espíritu, una alegría de vivir que no decaen con los años, ni con los achaques, ni con las adversidades que nunca faltan ni a él ni a nadie.

¿Hay algo de común entre el joven párroco de Pichilemu -las tierras del Cardenal Caro- y el ya viejo Obispo de San Bernardo? Todo. Es el mismo hombre, que ha trabajado, que ha crecido con los desafíos, que ha conservado su enfoque de campesino y que ha ido asimilando a lo largo de su vida todo lo que pudiera servir al bien espiritual de su pueblo.

Jorge Hourton Poisson

Jorge nació en Francia y se vino niño a Chile con toda su familia. Pero siguió siendo francés. Su inteligencia clara, penetrante, su dialéctica invencible, su interés enciclopédico, hasta su fina ironía lo predestinaban para ser un brillante profesor de sociología o de filosofía en el Institut Catholique de París, o asesor de estudiantes de alguna Universidad francesa.

Jorge lo intelectualiza todo. Es un pastor cerebral. El percibe lo verdadero y lo falso, lo confuso y lo claro, lo contradictorio y lo lógico. Tiene corazón y sensibilidad pero los subordina a la inteligencia, a la crítica, a la polémica incluso, cuando lo estima necesario. Porque es inteligente y es muy bien intencionado ha sido un pastor muy eficaz. Sabe plantear los problemas con claridad y resolverlos con eficiencia. Sorprende a veces con su capacidad apostólica y con su llegada a la gente, incluso a los que están muy lejos de su refinada cultura. No cuesta mucho percibir tras la figura un tanto hierática del profesor el corazón sensible del pastor comprometido y del buen amigo.

En momentos difíciles, junto con su amigo Enrique Alvear, fue al apoyo y el consuelo de muchos perseguidos. Se jugó por ellos y son muchos los que, en lo íntimo de sus corazones, bendicen su nombre.

Ismael Errázuriz Gandarillas

Cuando entré al Seminario en 1941, Ismael era prefecto de filósofos. Aun no se ordenaba de sacerdote pero le faltaba poco. Con su personalidad sana, libre y atrayente, creaba un clima en esa sección del Seminario en que nos uníamos los que venían del Seminario Menor y los que llegábamos de liceos o colegios de fuera, de la Universidad o del campo del trabajo. Ismael era serio y respetado, irradiaba seguridad y compromiso en su vocación pero era inagotable en sus recursos para crear entre todos nosotros un clima de compañerismo alegre y sano, un ambiente de estudio, de esfuerzo y de piedad sin asomo de falsa gravedad o de mojigatería.

Y como obispo fue igual. Cuando murió prematuramente, el Cardenal Silva, de quien era Auxiliar, lo lloró como a un hijo muy querido y a un colaborador fiel e irremplazable. Su buen sentido, su capacidad para entenderse con todos, su seguridad y su serenidad en medio de las situaciones mas difíciles, su calor humano, su humor alegre, han hecho mucha falta a nuestro colegio episcopal.

Juan Luis Ysern de Arce

Juan Luis es un valenciano que se vino a Chillán recién ordenado sacerdote, como misionero de la OCSA. Después de 15 años en esa diócesis pasó a Calama como obispo para crear una diócesis nueva en los tiempos difíciles que precedieron y siguieron el 11 de Septiembre de 1973. Y de allí pasó a Ancud y desde entonces Ysern y Chiloé han sido una misma cosa.

Juan Luis es un enamorado del archipiélago, de sus viejas capillas coloniales, de sus hombres de mar, de sus paisajes y de sus costumbres. Él llega a todas partes, en camioneta o en lancha, con temporal o bonanza. Y cuando no está allí personalmente, está con la radio omnipresente. Es el campeón mas comprometido de todas las causas que interesan a Chiloé: defiende su cultura en la UNESCO y en todas partes y defiende sus riquezas naturales ante cualquier amago.

Juan Luis es sencillo, acogedor, ingenioso y alegre. Durante años, al finalizar nuestras asambleas, nos entretenía leyendo unas crónicas muy personales, en castellano antiguo, de lo que se había dicho y hecho durante esos días. Lo mismo hacía en las reuniones del CELAM, en las que participó activamente. Nos ayudaba a no tomarnos en serio y a reírnos de nosotros mismos, lo que hace bien.

El Obispo de Ancud es campechano pero es también un intelectual de categoría, experto en derecho canónico, perito en comunicación y con sólidos estudios de teología. Y todo eso lo entrega con sencillez y gracia, con la chispa española y con el olor a mar chilote.

Sergio Valech Aldunate

Valech es más que un simple obispo: es una institución dentro del episcopado. Alto, serio, con una dignidad majestuosa y sencilla, con su voz ronca y de tono bajo, conoce como nadie al clero y a los religiosos y religiosas de Santiago y de todo Chile. Querido por todos por su buen humor, su capacidad de acogida y su disposición para servir. Ha sido el brazo derecho de todos los arzobispos de Santiago durante largos años. El hombre insustituible que no pierde nunca la calma, que encuentra soluciones simples para los problemas complicados, que une como pocos el buen sentido, la sencillez y la firmeza.

En su vida personal es de una austeridad ejemplar. Dirige desde hace años la Casa del Clero en que viven sacerdotes ya ancianos, a los que llama “los próceres” y otros mas jóvenes a los que llama “los líderes”. Y sabe crear un clima afectuoso y simpático entre todos. Involucrado en todos los grandes asuntos de la Iglesia, él anda vestido en forma descuidada, maneja un auto que ya debiera estar fuera de uso y toma sus vacaciones bajo una carpa con algunos sacerdotes amigos de toda la vida. Y gusta de ayudar o de suplir a los párrocos de barrios obreros o de atender por largas horas el confesionario de iglesias populares. Nacido en un hogar muy rico, ama y vive la pobreza, la sencillez y la amistad.

Tomás González Morales

Tomás es un salesiano, vital y extrovertido, alegre y juvenil que une la capacidad intelectual del Doctor en Teología Moral por el “Alphonsianum” de Roma con el celo apostólico para trabajar especialmente con la juventud.

Lleva cerca de 30 años en los fríos y los vientos magallánicos. Estando en Punta Arenas, -en momentos de peligro de guerra-, me invitó a acompañarlo a un encuentro de jóvenes chilenos y argentinos por la paz en la frontera. Soplaban un viento huracanado y hacía un frío glacial. Él y yo celebramos la misa con mitra, bajada hasta el cuello para proteger las orejas entumecidas. “Primera vez que le veo a la mitra una utilidad práctica” acotó Tomás.

Tomás es un hombre libre. Lo ve todo con ojos nuevos. Espontáneo en el hablar. Es joven y morirá joven de alma. Aporta a la Conferencia Episcopal su apertura al futuro, su confianza y su optimismo. De “tonto grave” no tiene nada. Su inteligencia es chispeante.

Francisco José Cox Huneus

Francisco José pertenece al Movimiento de Schönstatt y se educó en Alemania durante largos años. Esto le da un tinte levemente diferente. No se integra en la Iglesia Chilena con la soltura con que lo hace el que se formó desde niño en un seminario chileno.

Francisco José es muy inteligente y tiene una fuerte personalidad. Tiene la tendencia a repensar todos los problemas pastorales desde su experiencia personal, su mirada crítica y su iniciativa, su creatividad y su tenacidad que son excepcionales. Esto lo aísla un poco dentro del esfuerzo común de la Iglesia en Chile pero enriquece ese esfuerzo con una mirada diferente y con sugerencias interesantes y novedosas. Ningún chileno olvida la visita del Papa a Chile, de la que Francisco José fue el principal realizador, desde su cargo de Secretario General de la Comisión Organizadora, y que ha sido considerada como una de las mejor preparadas y mas exitosas de las visitas del Santo Padre a los diversos países.

Donde ha trabajado, en la Parroquia de Carrascal, en Santiago, en la Diócesis de Chillán, en el Dicasterio de la Familia, en el Vaticano, en la Arquidiócesis de La Serena, en la preparación y la conducción del Jubileo del Año 2000, Francisco José ha dejado una huella muy profunda. Recuerdo la interminable caravana de autos que lo acompañó de Chillán a Santiago, cuando dejó de ser obispo de aquella diócesis.

Francisco José estudió economía y tiene condiciones extraordinarias para la administración de bienes y para la realización de grandes proyectos. Pero es al mismo tiempo, y por las mismas razones, capaz de llevar a cabo grandes empresas apostólicas; recuerdo la Virgen Peregrina que recorrió largo tiempo los hogares de La Serena, como lo había hecho antes en Carrascal o en Chillán. Con Eladio Vicuña, con Jorge Medina, con Carlos Contreras merece ser clasificado, dentro de nuestro parque automotor, como un tractor o como un tanque.

Alejandro Jiménez Lafeble

Jano es talquino y quedó marcado para siempre con la impronta de don Manuel, o sea Manuel Larraín Errázuriz, el gran obispo de Talca. Admirador, discípulo y amigo de don Manuel, le costó talvez un poco ubicarse en una Iglesia Chilena que ya no era la de don Manuel.

Inteligente, estudioso, inquieto de toda novedad, Jano era un obispo “intelectual”. Pero fue también amigo y formador de jóvenes, misionero en los campos siguiendo las huellas del sucesor de don Manuel, Carlos González. Y buen amigo, siempre listo para una conversación interesante y grata.

Trasladado como obispo a Valdivia tomó gran cariño a su nuevo campo de acción. Y se hizo querer mucho porque era muy humano. Pero la lejanía, la soledad, la lluvia afectaron su salud. Murió prematuramente. Un hombre bueno probado por el sufrimiento.

Sixto Parzinger Foidl

El sucesor de don Guido Beck de Ramberga y de don Guillermo Hartl de Laufen nació en el Tirol, en los Alpes Austríacos. Capuchino misionero, llega a Chile a los 34 años de edad, a continuar la admirable obra apostólica de los capuchinos de Baviera en nuestra Araucanía. Y a la muerte de monseñor Hartl le sucede como Vicario Apostólico de esa región.

Los tiempos han cambiado desde don Guido y don Guillermo. La fuente bávara originaria tiende a secarse. Nace en cambio una Iglesia nueva, mas chilena, mas integrada con el resto de la Iglesia nacional, con mas clero secular. El pueblo cambia y la Iglesia cambia con el pueblo a cuyo servicio está. Don Sixto, con su sencillez capuchina, con su ánimo de paz, con su trato amable, va encauzando esta nueva Iglesia, va dirigiendo esta transición pacífica de un territorio de misión a una diócesis como las demás.

En las Asambleas Plenarias, don Sixto aporta, como su predecesor don Guillermo, su piedad profunda, su trato fraternal, su carisma franciscano y ese algo inocente y transparente pero inteligente y profundo que ha sido una característica de los capuchinos bávaros que durante tantos años evangelizaron el sur de Chile.

Alejandro Goic Karmelic

Yo tengo a Goic por el obispo “perfecto”. Y muchos de sus diocesanos de Concepción, de Talca y de Osorno comparten mi opinión.

Alto, digno, silencioso, un poco lento a primera vista, hombre de vida interior, de trato afable con todo el mundo, Alejandro es pastor hasta la médula de los huesos. Uno creería que ha estudiado para obispo como se estudia para ingeniero o para farmacéutico. Catequesis, liturgia, comunidades de base, ministros laicos, misiones, planificación pastoral etc., todo lo que constituye el quehacer cotidiano del obispo de hoy, él lo domina y lo aplica, paso a paso, ordenadamente, tenazmente, “sin prisa pero sin pausa” como dice Juan Pablo II. Pero no es solo la claridad de ideas, el método de trabajo, la experiencia pastoral: es también la llegada a la gente, el interés por las personas, la disponibilidad, el espíritu de servicio, la confianza que él inspira. Es el pastor ejemplar.

Hombre de su tiempo, este croata magallánico pasa por avanzado. Yo diría que es un hombre con los ojos muy abiertos al mundo y que mira el futuro con interés y con esperanza. Y sabe transmitir a todos esa actitud positiva que tanto se nos recomienda hoy.

Un implacable dolor a la columna, rebelde a todo tratamiento, incluso quirúrgico, ha reducido un poco su actividad. Pero la experiencia del dolor lo ha hecho madurar y lo ha hecho más profundo. La cantidad de su trabajo habrá disminuido un poco. La calidad ha mejorado.

Manuel Camilo Vial Risopatrón

Manuel Camilo sonríe muy difícilmente; no se ríe nunca. Dicen que una parálisis facial, cuando era niño, lo privó del uso de los músculos faciales que sirven para expresar la alegría. Y sin embargo logra Manuel Camilo crear en torno a él un clima de confianza, de seguridad y de amistad. Su misma sobriedad expresiva hace resaltar mas aun su buen juicio, su capacidad de trabajo, su responsabilidad, su sentido práctico, su eficiencia.

Durante varios años trabajó en Temuco, siendo yo obispo diocesano, como sacerdote, párroco, miembro del Consejo de Gobierno o del Consejo de Pastoral. Y pocas veces he encontrado un colaborador con quien fuera mas agradable trabajar. Lo que Camilo asume, lo lleva a buen término. Pocas palabras y pocos gestos pero una capacidad realizadora y un sentido de la responsabilidad poco comunes.

Camilo es valiente para tomar posición, para defender lo que es justo. Para decir lo que debe decir a quien corresponde. Puede ser duro a veces pero su dureza es la del agua fría: transparente, estimulante, refrescante: hace bien.

Muy dotado para la vida práctica es un buen administrador, prudente y eficiente. Es capaz de concebir y realizar grandes proyectos. Pero, como el buen párroco que fue, es también el amigo de la vida diaria, el pastor de gente sencilla, el hombre solidario con todos los sufrimientos ajenos.

Como Errázuriz, como Cox, Camilo es schönstattiano. Como Ariztía, Alvear y Hourtón fue auxiliar del Cardenal Silva en Santiago. Es ahora obispo de Temuco y secretario general de la Conferencia Episcopal de Chile. A hombres como Camilo nunca le faltan tareas pesadas y difíciles. El está hecho para ellas.

Miguel Caviedes Medina

Una editorial católica reunió a varios autores que habían publicado algún libro o folleto en esa editorial. Entre ellos estaba Miguel Caviedes. Se le pidió a cada uno de los asistentes que se presentara: Uno era sociólogo, otro sicólogo, otro antropólogo o teólogo. Cuando llegó el turno a Miguel de dar a conocer sus títulos: “¡Empeñólogo!” dijo. Y eso es Miguel: un empeñoso. Un enamorado de la “pastoral” o sea de la ciencia y del arte de atender al pueblo de Dios. Catequesis, liturgia, misiones, comunidades de base, ministerios laicos, diaconado... Esa ha sido su vida, su razón de vivir. La palabra COMIN -netamente chilena- que une las comunidades de base (COM) con los ministros laicos (MIN) que los atienden, fue creación suya. En Rancagua, en Osorno, en Los Angeles, el “empeñólogo” ha dejado su huella: planificador, organizador, realizador; vive alegremente su vocación de buen pastor.

Juan Bautista Herrada Armijo

Juan Bautista nació en San Pedro de Melipilla y a los catorce años entró a los mercedarios y con ellos ha vivido toda su vida, siendo por largos períodos Provincial de la Orden en Chile, querido por todos por su sencillez, su buen sentido y su sentido práctico. Es hombre de buenos estudios, profesor y doctor. Pero prevalecen en él el sentido pastoral, el trato con la gente, el servicio directo.

Como obispo ha pasado diez años en Calama. Los obispos anteriores habían estado solo de paso y Calama seguía siendo como una dependencia de la Iglesia de Antofagasta. Herrada no creó pero consolidó la Iglesia de Calama, le dió vida y fisionomía propias.

Muy serio en apariencia, Juan Bautista es un hombre sencillo, que se acomoda a todo, con sentido del humor pero trabajador y tenaz como pocos. Pertenecía al grupo de los obispos de la Conferencia que no participaban demasiado en los grandes temas o en la actualidad candente pero que aportaba el realismo de las tareas diarias, de la sencillez de la vida cotidiana, vivida con mucha dedicación y con mucho amor.

Alberto Jara Franzoy

Alberto Jara es arquitecto. Hombre fino, culto, de buen gusto. Es también un pastor celoso y que llega a la gente por la sencillez de su trato y su amistosa gentileza. En las parroquias que ha atendido ha dejado un grato recuerdo y muchos amigos. Y lleva casi veinte años como obispo de Chillán: tranquilo, sonriente, ordenado, atento a todo, todo lo hace con calma y con buen gusto.

Con Miguel Caviedes fue fundador del COMIN o sea de la actividad pastoral relacionada con las comunidades eclesiales de base, los ministerios laicos y el diaconado permanente, que tanto desarrollo han tenido en nuestra Iglesia después del Concilio y de Puebla.

Joaquín Matte Varas

Joaco tiene un carisma: el de la amistad. La amistad es parte de su ser, de su vida, es la virtud que lo caracteriza: buen amigo, buen compañero, afectuoso con sus alumnos, con sus colegas, con sus feligreses, con sus amigos. Ha ejercido su ministerio de sacerdote y de obispo como un gran amigo.

Joaquín Matte Varas es de familia de próceres. La historia de Chile es la historia de sus antepasados, es su propia historia. Y las Fuerzas Armadas, que son parte esencial de la historia de Chile son parte también de la vida de Joaco. Gran catequista, ha sido muchos años profesor de religión en liceos fiscales, amigo de sus alumnos como de sus colegas. Y ha sido también muchos años capellán militar, culminando su carrera como Obispo Castrense. Y ha sido y sigue siendo amigo de militares, de marinos, de aviadores y de carabineros y los quiere como un amigo porque para él ser pastor es ser amigo.

Hombre de piedad profunda, soporta con paciencia y con inalterable alegría una penosa diabetes que lo limita mucho en su actividad. Pero, aunque sea con grandes esfuerzos, sigue dando amistad, levantando el ánimo, queriendo a la gente en una escuela de barrio a la que dedica días enteros y confesando largas horas en distintas iglesias. Y sus ratos libres los dedica a evocar la memoria de sacerdotes chilenos ejemplares que fueron capellanes abnegados en la guerra y en la paz, escribiendo pequeñas biografías, siempre amenas que mantendrán vivo el testimonio de su servicio al pueblo chileno y a sus fuerzas armadas. Catequista eximio tiene el talento de resumir el contenido de la fe, el culto y la moral en folletos breves, en volantes o en trípticos, que la gente lee con gusto porque son cortos, claros y amenos y que mucho han contribuido a la formación religiosa de las Fuerzas Armadas.

Patricio Infante Alfonso

El Pato es sencillo, alegre, y no se toma muy en serio. Siempre le pasa algo imprevisto, insólito y lo cuenta riéndose de sí mismo. Y sabía también reírse un poco de los demás, de las “eses” de Monseñor Mesa o de las palabras con sílabas saltadas del hablar atropellado de Monseñor Salinas.

Como párroco, como obispo encargado de la zona de Melipilla, ha dejado el recuerdo de un hombre abnegado, servicial como pocos, siempre alegre y feliz de ser sacerdote.

Era la última vez en que yo participaba en una Asamblea Plenaria. Hice una proposición insignificante y fue aprobada. “¡Aun estás vigente!” me gritó Pato, mi amigo de toda una vida, desde que lo recibí en el Seminario Menor cuando tenía 16 años y en cuya primera Misa me pidió que predicara. No sabe Pato cuantos esfuerzos he hecho en mis largos años de obispo “emérito” para seguir manteniéndome vigente, pese a los años que pasan inexorables.

Como Arzobispo de Antofagasta ha reconstruido la curia, ha remodelado la Catedral, ha organizado la administración diocesana con una eficacia que llama la atención.

No le han faltado las pruebas. Pero nada podrá apagar en él la dicha de vivir día a día para Dios y para los hombres.

Javier Prado Aránguiz

Javier es primo hermano, aunque mucho mas joven, de Eladio Vicuña. Y de él aprendió, en misiones de verano, la dedicación y la eficiencia pastoral.

Durante la mayor parte de su vida este religioso de los SS.CC fue educador. Pasó muchos años en los colegios como profesor, director espiritual o rector. Querido por todos, animoso, criterioso, estaba en lo suyo, en su vocación.

A los 55 años, el educador se convierte en obispo. En Iquique primero, luego en Valparaíso y finalmente en Rancagua. Y una nueva vocación se afirma en él: la de pastor.

Javier es un hombre tranquilo, ecuánime que inspira confianza y que irradia paz. Se lleva bien con todos y suscita la cooperación de todos. Es infatigable en su trabajo. Eficiente como administrador, cercano y sencillo en su trato con la gente, hombre de buen criterio, de buena llegada, sencillo y fraternal. Fue por un tiempo secretario de la Conferencia Episcopal: era el hombre capaz de aunar voluntades, de atender a todo y a todos, sin perder nunca el equilibrio ni la paz.

Jorge Medina Estévez

Jorge es miembro de la Comisión Teológica Internacional que asesora al Santo Padre en materia de teología. Conversaba un día con un gran teólogo europeo, miembro conspicuo de la misma comisión acerca de Jorge. “Monseigneur Medina, me dijo en su idioma: il sait tout”. Lo sabe todo.

Lo sabe todo: teología, que ha enseñado en forma brillante durante muchos años, derecho canónico que maneja como un experto. Conoce la Sagrada Escritura, la Liturgia, la Historia de la Iglesia. Fue uno de los principales redactores del Catecismo de la Iglesia Católica, de que se han vendido millones de ejemplares en el mundo entero.

Jorge es todo eso y mucho más. Sabe de todo: de botánica, de pintura chilena...; es una enciclopedia viviente y de fácil consulta, porque tiene una memoria infalible y es ordenado, metódico como él solo. Y además muy ameno, entretenido, sociable.

Jorge Medina, el profesor, el académico, llegó a ser obispo. Uno hubiera podido imaginárselo predicando con profundidad de doctrina en su catedral o defendiendo, lanza en ristre, la ortodoxia doctrinal contra sus detractores. Lo hizo sin duda pero se reveló además un gran administrador, un hombre práctico que daba soluciones rápidas a problemas eternos, a quien se veía a caballo y de huaso en los lugares de campo y en bicicleta en las calles de Rancagua o de Valparaíso.

Contesta todas las cartas, atiende a todos los llamados, cumple con todas sus obligaciones y, si viene a despertar de noche, a pesar del cansancio, allí tiene al alcance de la mano su vieja máquina de escribir Underwood para contestar una carta o redactar un informe. ¿Un tanque? Yo diría mas bien una locomotora con todos sus vagones, un tren entero.

Pablo Lizama Riquelme

Hijo de carabinero, capellán de carabineros, alto, macizo, moreno, con el pelo negro firmemente implantado, acogedor y jovial, Pablo es un tipo bien chileno, que inspira confianza y simpatía.

Fuera de ser capellán, ha sido párroco. Es hombre de terreno. Es un pastor nato, cercano a la gente, servicial, disponible.

Ha sido obispo en Illapel y en Melipilla, diócesis rurales, hechas para él. Hombre vital, despierta y estimula la vida por donde pasa. La Catedral de Melipilla es en gran parte su obra pero su acción pastoral está desparramada por campos y aldeas del valle central y por los valles y los desiertos del Norte Chico.

Y ahora ha regresado a sus orígenes. Obispo castrense, extiende su labor pastoral al Ejército, a la Marina y a la Aviación y, por supuesto, a sus queridos Carabineros de Chile.

En una Asamblea Plenaria, Jorge Medina hablaba en tono patético del debilitamiento del vínculo conyugal en tanta gente. “No se casan, nos decía con horror, viven en “pareja”. Pareja llaman a la fornicación, al concubinato, al amancebamiento”. “¡Y las parejas de carabineros!”, acotó Pablo. Fue un cable a tierra. Todos nos reímos y el debate siguió en un tono mas tranquilo. Para poner cable a tierra, para bajar a terreno, Pablo Lizama es un experto.

Antonio Moreno Casamitjana

Fuerte, sufrido, motociclista a prueba de todos los caminos y de todos los barriales, misionero por varios meses al año en Chiloé Continental. Capellán de capillas de barrios pobres, sobrio, austero, predicador del Evangelio “sin glosa”, con la palabra y con el testimonio de una vida transparente. Terco, pese a su deseo de no serlo, directo, sin matices y a la vez sencillo y como desarmado ante el mundo complejo en que nos ha tocado vivir. Este es uno de los aspectos de la personalidad de Antonio.

El otro es el del profesor, formado a la alemana. Exigente con sus alumnos pero antes consigo mismo. Nadie en Chile sabe más que él en materia de Sagrada Escritura. Estudiante empeinado, estudió largos años su especialidad en Europa y en Palestina. Domina, fuera del griego y del latín, el hebreo, el árabe y las antiguas lenguas orientales. Su prestigio de “escriturista” lo ha llevado a formar parte de la Comisión Bíblica de Roma en que se reúnen para asesorar al Santo Padre en materias bíblicas los mas célebres expertos en la Biblia. Antonio no conoce el “mas o menos”, el amateurismo; se sabe o no se sabe, y el que no sabe que no enseñe. Y el que sabe que enseñe con modestia, sabiendo que, por mucho que sepa, lo que queda por saber es infinito. Un ejemplo tajante de honradez, de seriedad intelectual.

¿Dos hombres en uno? No, un solo hombre, simple, justo, de buena clase, sin diplomacia, sin intrigas, sin ambiciones, un especie de profeta de la Biblia, incontaminado por el smog de una cultura decadente, para quien sí es sí y no es no.

El profesor y el misionero se unieron para crear un pastor atípico, nuevo, inédito, que mira a su Iglesia con ojos nuevos, talvez con los ojos de Cristo.

Adolfo Rodríguez Vidal

Adolfo fue el primer obispo chileno proveniente del Opus Dei. Tenía ya 68 años al ser ordenado obispo y tenía tras de sí un largo y fecundo pasado.

Español, ingeniero naval, doctor en derecho canónico, profesor en la Escuela de Ingeniería de la Universidad Católica, ha sido uno de los fundadores del Opus Dei en Chile.

Muy sencillo y cordial en su trato, prudente y discreto, fino y caballeroso, Adolfo Rodríguez inició su vida de pastor diocesano en Los Angeles sucediendo a un obispo muy chileno y muy campesino, que llegaba a todas partes con su vitalidad extrovertida y avasalladora. Debe haberle costado adaptarse a una vida tan diversa de la que había llevado en Santiago, durante tantos años. Y sin embargo se ganó el cariño de sus feligreses. Me decía uno de ellos, gran admirador del obispo anterior: “Don Adolfo es diferente, muy diferente. Pero es bueno para una diócesis que se sucedan en ella obispos diferentes. Cada cual aporta su carisma. Don Adolfo nos ha traído su distinción, su calma, su formación intelectual, su trato gentil. Don Orozimbo era el misionero arrasador, el amigo de todos, el huaso campechano. Don Adolfo no lo reemplaza, lo completa. Es bueno recibir del uno y del otro. Ensancha nuestra visión de Iglesia”. A los obispos también nos aportó mucho Adolfo Rodríguez. Y se hizo querer por todos.

Enrique Troncoso Troncoso

Nacido en Alhué, con fondo rural y aldeano, Enrique, que ha sido párroco en Talagante, en Melipilla -sin contar varias parroquias en Santiago- podría recordar al “Cura de mi pueblo, amable y sencillo” de la canción de Nicanor Molinares. Estudioso, inteligente, capaz, formador de futuros sacerdotes, ha seguido siendo, antes que nada, un pastor para el pueblo de Dios.

Obispo en Iquique y ahora en Melipilla, es el hombre sencillo y afable, entregado por entero a su tarea, feliz él también de ser sacerdote y de dar su vida al servicio del pueblo de Dios.

Rafael de la Barra Tagle

Religioso del Verbo Divino, Rafael viene, como Javier Prado, del mundo de la educación. Y cercano a los 60 pero con prestancia y ánimo juveniles, partió a Illapel a continuar la obra de Polidoro, el franciscano belga, después del breve paso por esa diócesis de Pablo Lizama. Y a ello se ha dedicado por entero: el profesor, el rector se ha convertido en misionero. El matemático -es su especialidad- recorre infatigablemente el valle de Choapa y los cerros que lo rodean, en que no hay mucho que contar, pero hay un campo ancho y abierto para catequizar y para ayudar a miles de personas.

Aldo Lazzarin Stella

Al Padre Lazzarin lo alcancé a conocer muy poco. Él entraba a la Conferencia Episcopal cuando yo salía de ella. Es un italiano, servita, misionero del Aysén y luego obispo de ese territorio. Su característica es su gentileza de trato, su amabilidad y algo así como la irradiación de un hombre de Dios, una paz y una alegría que vienen de Él. Por su salud más que por su edad tuvo que dejar la diócesis al poco tiempo de haberla asumido. Pero ha dejado un recuerdo muy grato en la Conferencia Episcopal. Y ha vuelto con sencillez a su vida de religioso y de misionero, rodeado del respeto y del cariño de todos.